



HEROE DE PAPEL

S

Ralph Barby



RALPH BARBY
HEROE DE PAPEL

Colección PUNTO ROJO n.º
1.043 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-0202520X Depósito legal: B. 5.748 1982

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982

1.ª edición en América: octubre, 1982

© Ralph Barby 1982

texto

© Martin - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S A. Camps y Fabres, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y calidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Cuando Vim Hunter vio a cuatro dedos de su entrecejo el negro orificio de aquella pistola Parabellum, que le pareció monstruosamente grande, creyó que iba a quedarse bizco para toda la eternidad, no en vano había leído que algunos espiritistas decían que el espíritu de uno permanecía tal como había quedado en el instante mismo de la muerte.

—No te muevas.

La orden era tajante, dura, la voz bronca salía de unas cuerdas vocales endurecidas por el alcohol y las bronquitis.

—Sólo quería sacudirme un mal pensamiento -dijo Vim Hunter.

El encapuchado estaba lejos de ser alto y delgado. Era un tipo de mediana estatura tirando a bajo, fornido. No tenía tripa, pero sus brazos debían ser doblemente gruesos de lo normal. El cuello, demasiado corto, encajaba la cabeza en el tronco.

A Vim Hunter le pareció que a aquel individuo la capucha no le sentaba nada bien, parecía un robot de los que salían en los comics de ciencia ficción en los periódicos dominicales.

—Si vuelves a moverte, dejarás de tener malos pensamientos. Un par de plomos dentro de tu cráneo harán salsa de sesera pura.

—De acuerdo, me quedo quietecito.

—Te estás haciendo demasiado el listo. ¿Verdad, Loony?

—Sí, sí, demasiado el listo —corroboró otro de los tres encapuchados que ocupaban el apartamento de Vim Hunter.

—Por lo menos, ya sé cómo se llama uno de vosotros —se le ocurrió decir a Vim Hunter.

—Te equivocas, listo. Yo le llamo Loony, pero no se llama así.

—¿Ah, no, entonces cómo se llama?

—Te pasas, te pasas.

Vim Hunter supuso que aquel tipo seguía con la pretensión de que se volviera bizco mirando el orificio del cañón de la Parabellum.

—De acuerdo, de acuerdo, ¿qué queréis de mí? Vamos, dentro de unos minutos empieza la retransmisión en directo del partido del año.

—¿Qué partido ni qué mierda?

—Sí, jefe, el de béisbol. Los... —comenzó a decir otro de los encapuchados.

—Cierra la boca, imbécil, habla sólo cuando te lo pida.

Vim Hunter comenzaba a sentirse incómodo. Tener aquel cañón apuntándole tan de cerca, era obsesivo, no podía evitar mirarlo.

Supuso que aquel individuo estaba practicando con él la técnica de la intimidación psicológica; claro que sí, además, la pistola

estaba cargada, la intimidación resultaba más completa y efectiva.

—Oiga, ¿no se ha descuidado el silenciador?

—Hum, el tipo tiene buen humor, además.

El asaltante que la tenía tomada con Vim Hunter levantó el arma con la evidente intención de golpear la cabeza a su víctima y dejarle una muesca en el cráneo o cuando menos, una señal conforme él le había golpeado.

—Jefe, si se cae no hablará.

Ante aquella observación, el tipo de la pistola dominó su instinto que no era otro que emprenderla a golpes con la cabeza de Vim Hunter, cabeza que su propietario apreciaba bastante.

—¿Y qué tengo que decir? —preguntó Vim Hunter, con una inocencia que a los encapuchados les pareció angelical.

—Quiero un millón de dólares.

—Ah, pues yo también.

No se le podía ocurrir otra respuesta, entre otras cosas porque jamás en su vida había visto un millón de dólares juntos.

—Tú vas a hacer que tengamos ese millón de dólares. ¿Comprendido?

—¿Yo? ¿Y me darán el cambio?

—¿Qué cambio ni qué mierda? Escucha, tú trabajas en el Fergus West Bank, ¿de acuerdo?

—Correcto, hasta hoy todavía no me han despedido.

—Bien, bien, nos vamos entendiendo.

—Les advierto que no soy el director ni estoy en el departamento de créditos. Si piden dinero, van a tener que traer dos avales, garantías y les cobrarán un veinte por ciento de interés más gastos de negociación, etcétera.

—¡Cállate! —gruñó casi con rabia y Vim Hunter temió que la boca de aquel tipo espumeara.

—De acuerdo, me callo, pero mal veo que se vayan a llevar un millón de dólares del Fergus West Bank.

—Tú eres el primer cajero. ¿De acuerdo?

—Correcto, y todavía no me he podido llevar dinero para comprarme un yate a montar con bricolage.

—Jefe, es muy gracioso este tipo. ¿Y si le rompemos un par de dientes?

—Oiga, oigan, no juguemos con eso, que el dentista está muy caro. Si me los rompen en horas laborales, pagará el Banco, pero así, en mi apartamento...

—Esto no es ninguna broma, Hunter, ninguna broma —le advirtió el tipo de la pistola mordiendo cada una de las palabras—. Ahora, escucha bien. Mañana, sí, mañana mismo, nos presentaremos en tu Banco. Le daremos al cajero del patio de

operaciones una tarjetita para ti y en cuanto la recibas, meterás un millón de dólares en una bolsa de plástico transparente y tú mismo acudirás a la ventanilla para entregarla a quien esté esperando allí.

—Hombre, ya hemos llegado al chiste final. —Y se echó a reír sonoramente.

La pistola cortó su risa, se apuntaló contra su mejilla y le empujó dolorosamente hasta sentarlo en una butaca.

—Si dices una palabra de esto, una sola palabra, te puedes dar por muerto. Ya lo sabes, Hunter, ni una palabra a los capitolos del Banco ni a la policía y tampoco a los vigilantes armados del Banco.

—Si no digo nada, van a creer que formo parte de la banda.

—No tendrás ese problema.

—¿Ah, no, por qué?

—En la nota que te entreguen irá escrito algo que vas a tener muy presente. Sigue las indicaciones y salvarás el pellejo, hasta puede que al final te den un pasaje para las Hawai como premio.

—Este asunto no lo veo nada claro.

—Lo verás más oscuro si te pego un tiro.

—No creo que lo hagas.

—¿Ah, no, no me crees capaz? —preguntó, poniendo un tono muy especial en sus palabras.

—No. Si me matas, ¿quién te va a dar ese millón de dólares que quieres robar al Fergus West Bank?

—Ya decía yo que el tipo es listo —volvió a reírse el sujeto de la pistola.

—Esta vez has dado en el clavo, pero si fallas, si abres la boca, si pretendes cazarnos montando una operación con la brigada antiatracos, entonces, entonces sí serás hombre muerto. Eso ocurrirá por la sencilla razón de que ya habrás dejado de interesarnos.

—Estoy empezando a creer que no me va a quedar otro remedio que obedecer.

—Exacto, Vim Hunter, y no te preocupes, todo irá bien para ti. No habrá muertes ni sangre si tú no las provocas y un pellizco de un millón de dólares para el Fergus West Bank no es demasiado, no es la bancarrota. Se recuperarán muy pronto con los intereses que exigen a los incautos que se atreven a acercarse a sus ventanillas.

Vim Hunter les vio marchar. No intentó seguirlos, ellos iban armados y él, en su apartamento, no tenía ni una mala detonadora.

Ya a solas, miró el teléfono, sólo tenía que levantarlo y llamar.

—Policía al habla, le escuchamos.

Había descolgado y marcado. Acababa de oír la voz de la policía, no era una mujer quien le hablaba sino un hombre.

Vim Hunter colgó sin llegar a decir nada. Un instante después, el teléfono sonó junto a él, llenando el apartamento con su estruendo. Lo descolgó y escuchó.

—No seas idiota, Hunter. Si ya has contado algo a la policía ve a la funeraria más próxima y que te tomen medidas. Por mil dólares, cualquiera de mis muchachos te condecora con un plomo en el corazón, imagínate por un millón. —Y colgó.

Quedaba claro que no le iban a perder de vista. Podía meterse en la cama y pensar que todo era una simple pesadilla que desaparecería con sólo sacudir la cabeza o bien tomar su gabán y salir del apartamento donde estaba seguro de que no lograría dormir. Optó por lo segundo.

A bordo de su Ford de dos años, color cobre, se hundió en la noche de la gran ciudad.

Por el espejo retrovisor vigiló para comprobar si era seguido, lo que le pareció que sería estúpido, pues para ponerse en contacto con la policía bastaba cualquier teléfono, el de su propio apartamento, una cabina en la calle o desde un bar.

Si los gánsters no querían que hablase, podían haberse limitado a no decirle nada hasta el día siguiente, lo cual él habría agradecido, pues le habrían ahorrado una noche desagradable.

Estuvo dando vueltas con el coche como si buscara una *jai*.

Al fin, encontró un lugar para estacionarse. Lo hizo y se metió en un snack en el que parecía estarse celebrando algo, un aniversario, un premio o algo por el estilo.

—¿Pertenece al grupo? —le preguntó uno de los camareros que servían tras el largo mostrador.

—No.

—Entonces, sólo queda salchicha y tarta de manzana.

—Puaf, qué asco.

—¿Qué le pasa, amigo, tiene algo contra las salchichas de la casa?

—¿Son de usted?

—Ahora sí, porque las he pagado. Claro que —bajó el tono— a lo mejor le puedo servir una ración de maíz hervido.

—¿Y las gallinas?

—¿Qué gallinas?

—Las que se comen el maíz.

El camarero se llevó la mano a su sombrero de barquito, muy blanco, con bordes azules. Achicó los ojos y miró a Vim Hunter con algo muy parecido al odio.

—No será usted extranjero, ¿verdad?

—No, no me haga caso. A veces tengo un desdoble de personalidad ya sabe, esquizofrenia genuina, de nacimiento, vamos.

—Bueno, si sólo es esquizofrénico. Mire, yo podría recomendarle al psiquiatra de mi mujer —le dijo en tono confidencial—. No es que sea mejor ni peor que otros, pero si le llevo a otro cliente, quizá suelta a mi mujer de sus garras.

—¿Ha hundido sus garras en ella?

—Ya lo creo, y profundamente, no sabe usted la de salchichas, hamburguesas y tartas de manzana que tengo que meter en las bocas de mis clientes para poder pagar los honorarios del psiquiatra.

—Si es por caridad, sírvame una ración de salchichas con tomate, mostaza y un poco de tarta de manzana.

—Bueno, tampoco hace falta que se pase, amigo.

—Es por ayudar. Ah, y una jarra de cerveza para poder engullirlo todo.

El hombre del mostrador volvió a inclinar la cabeza. Casi en tono de conjura inquirió:

—¿Y un poquito de maíz hervido, hace?

Vim Hunter se puso pálido, tuvo sensación de náuseas, por aquello sí que no pasaba.

—Bueno, bueno, no insisto —dijo el hombre del snack que debía cobrar comisión por provocar retortijones de tripas en los clientes.

—¡Doris!

La interpelación le salió espontánea, había sido una sabia sugerencia de un compañero de trabajo. «Si estás en un lugar donde haya un grupo de gente animaba, especialmente mujeres, suelta un nombre conocido y espera, espera que alguna se volverá hacia ti y habrá comenzado el ligue...»

Vim Hunter no era ningún tímido, pero tampoco había basado su vida en poner muescas en sus calzoncillos, una muesca por cada hembra llevada a la cama y muesca de honor si la chica era virgen, lo cual era, o debía de ser, muy raro.

Una chica se volvió hacia él, Vim Hunter casi no podía creerlo.

La mujer le miró. Era más bien alta y tenía unos pechos que hacían desear volver a ser *baby* para succionarlos con mucho entusiasmo.

Su cintura era estrecha y la redondez de sus nalgas y caderas formaban un todo apreciable y apetitoso. Le miró con unos grandes ojos, azules como el cielo limpio de un día de Oklahoma, sí, debía ser de Oklahoma, porque en New York aquello no era posible.

La mujer tenía unos labios que no eran grandes ni pequeños. El superior se alzaba atrayente y el inferior, se redondeaba como partido en sendas mitades. Su cabello era de un rubio claro que cegaba.

—Doris...

La interpeló por segunda vez. Ella parpadeó, algo desconcertada. El hombre era alto, bien parecido, de mentón algo prominente, cabello cobrizo y ojos chispeantes. Tenía unos dientes blancos y fuertes.

Vestía bien, con un ligero desenfado, como si fuera un deportista profesional de la *high life*.

—¿Sí?

—Vámonos, esto está aburrido.

—Como quieras —dijo ella, con el tono sumiso de la hembra que obedece a la llamada del macho.

Doris recogió un chaquetón de piel de lobo canadiense. Cuando ya salían a la calle, el hombre del snack llamó:

—¡Oiga, su salchicha y su tarta!

—He cambiado de opinión. Es mejor que sea su mujer la que siga con el psiquiatra.

La joven preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Allá tengo el coche —señaló Vim Hunter.

Cuando subieron al automóvil y después de que el hombre accionara la llave de contacto, ella dijo:

—Estoy haciendo esfuerzos por recordar, pero no lo consigo.

—Soy Vim, Vim Hunter.

—¿Hunter, del club?

—¿Qué más da?

Puso el coche en marcha y rodaron por unas calles despejadas.

Cuantos laboraban en los millares de oficinas de Manhattan se encontraban ya en sus ciudades dormitorio, a decenas de kilómetros de la gran isla que apuntaba al estuario del Hudson River.

—¿Tienes apetito? —preguntó Vim.

—No.

—¿Deseas ir a un night club?

—No.

—¿A bailar?

—No.

—¿Está lejos tu apartamento?

—Sí. Oye, ¿cómo has sabido que me llamo Doris? Porque tú y yo no nos conocemos, ¿verdad?

—Es una larga historia, te la contaré en otro momento. Ahora me

siento preocupado y deseaba compañía.

—¿Me has tomado por una prostituta?

—No, claro que no. ¿Qué celebrabais?

—Te seré sincera, no lo sé. He oído algo del aniversario de un divorcio, pero no estoy segura. ¿Qué importa? Reíamos, tomábamos tarta y bebíamos.

—Es absurda la vida, ¿verdad? —preguntó sin conducir rápido.

—No, es como es y así hay que tomarla. Los héroes quedan para las novelas y las películas con *Happy end*. Y si el protagonista muere en su heroicidad, se le canta a coro «era un muchacho valiente» y se humedecen los ojos de todos.

—¿Te apetece ir a la cama?

—Contigo, no.

—¿Tan repugnante soy?

—No, no es eso, es que yo no soy tan facilona. Puede que mañana te conozca mejor y, quién sabe.

—¿Qué haces?

—¿Y tú?

—Comprendo, debo hablar primero. Verás, soy empleado de banca, no creas que soy el que se queda los billetes, no, soy un empleado. No me quejo del salario, estoy a nivel de ejecutivo medio y me va bien. Tengo un apartamento propio, un chalet, tan lejos que a veces me olvido de donde me lo vendieron y puedo cambiar de coche cada dos años.

—No está mal. ¿Solo?

—Sí.

—¿Divorciado?

—No, soltero.

—¿Con complejos?

—No, no, nada de eso, tengo mi potenciómetro al cien por cien.

—Pues, yo soy correctora de pruebas.

—¿En una editorial?

—Ajá.

Vim Hunter confesó de pronto:

—Estoy metido en problemas.

—¿De qué clase?

—Unos problemas que no me gustan y en los que no voy a ganar más que peligros. Yo soy el extorsionado.

—¿Quién te extorsiona?

—Unos gánsters.

—¿Se lo has contado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Me han advertido que si lo hago tengo los días contados.

—¿Y si no lo dices?

—No sé, es posible que viva unos minutos más. Esos tipos no se han arriesgado, tenían las cabezas encapuchadas.

—Entonces, ¿no sabes quién es el lobo feroz?

—No.

—Si lo supieras, ¿qué harías?

—No lo sé, posiblemente llamar a la policía.

Pisó el freno, tenía un semáforo rojo delante. De súbito, la mujer abrió la portezuela y se apeó,

—¡Eh, Doris!

—Que tengas suerte, Caperucito —exclamó ella, sonriéndole.

El hombre quiso recuperarla, pero Doris ya había abierto la portezuela de un taxi y se metía dentro. El vehículo se alejó rápido y Vim Hunter se preguntó:

«¿Para qué perseguirla, si es ella la que se va?»

Dejó que las luces de posición del taxi se perdieran en la lejanía.

Suspiró, diciéndose:

«Dormir unas horas no me vendrá mal.»

CAPITULO II

Aún tenía la impresión de que había sufrido una pesadilla, que la visita de los encapuchados a su apartamento no era un hecho real sino imaginado; sin embargo, los minutos transcurrían pesadamente aquella mañana.

Desde un falso espejo, pues servía de ventana por el lado contrario, Vim Hunter controlaba los movimientos de los cajeros del patio de operaciones del Fergus West Bank.

Cada vez que uno de los cajeros se movía, su pulso se aceleraba.

Vigilaba también a los clientes tratando de reconocer en ellos a un posible gángster, a un atracador. Buscaba en sus manos la posibilidad de un arma lista para vomitar plomo; pero, de momento, nada ocurría, todo funcionaba como balsa de aceite. Aquella mañana, ni siquiera aparecía un cliente protestón que se quejase porque le habían dado unos centavos de menos o se le había cobrado algún servicio de más.

El cajero de patio número uno, después de hablar con una cliente, salió de la cabina antibalas y avanzó por entre las mesas donde otros empleados operaban con complicadas claves de ordenador.

Se abrió la puerta del despacho de Vim Hunter y apareció Glower.

—Hunter, hay esto para usted, esperan respuesta.

—¿Para mí? —repitió, mirando el sobre cerrado.

—Sí, es de una mujer que espera en ventanilla. Está fenómeno.

Hunter miró a través del espejo falso y observó a la rubia. Era alta, de caderas bien marcadas, cabellos largos y rubios. Sus pechos se marcaban de forma excitante en el ajustado jersey.

—Un momento.

—¿La conoce?

Vim Hunter no quiso responder a Glower. Abrió el sobre y leyó la nota escrita a mano con letra tipográfica para que no resultara identificable.

«Querido, dígame a Percival Sanders que hemos raptado a Leslie. Antes de cinco minutos recibirá una llamada y antes de quince, habrá pagado lo que usted ya sabe. De LO contrario, *good-bye*, Leslie.»

—¿Qué le digo? —inquirió Glower.

—Que espere.

—O.K., jefe, iré dándole pasto a mis ojos. La tía está muy rica.

Vim Hunter no le dijo nada, pero, de inmediato, con la carta en su mano, salió del despacho y se dirigió al del director adjunto Percival Sanders.

Pasó por el antedespacho donde trabajaban tres secretarias y luego, a un despachito donde había sólo una secretaria que le llamó la atención.

—¿Adónde va, señor Hunter?

—Es urgente, he de ver a míster Sanders.

—Está ocupado.

—¡Es urgente!

Llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, entró. Sanders le dirigió una mirada con la que pretendió fulminarle.

—¿Qué pasa, Hunter?

—Es algo muy importante, señor.

El director Sanders tenía una calva brillante y rosada. Sus ojos quedaban detrás de unos gruesos cristales de miope, atrapados por una montura de pasta negra muy redondeada.

—Discúlpenme un instante —pidió a los dos hombres que se hallaban acomodados al otro lado de la gran mesa escritorio de caoba cubana.

—¿Qué es lo que pasa, Hunter? —preguntó en tono bajo en un aparte, junto a la puerta del despacho.

—Se trata de un atraco, señor.

—¿Un atraco? ¿Ya han disparado las alarmas, y la policía?

—Tranquílcese, la cosa es más seria.

—¿Que me tranquilice y dice que es más seria? No será una broma, ¿verdad?

—Leslie es su hija, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—La han raptado y abajo, en el patio de clientes, alguien espera que le paguen un millón de dólares por la libertad de la chica.

—No es posible...

—Tome, acaban de pasármela.

Percival Sanders, director adjunto del Fergus West Bank, devoró la nota que le entregaban. Apenas había tenido tiempo de meterla en su estómago cuando sonó el teléfono rojo que había en su mesa junto a otros dos, uno verde y otro blanco.

—Pueden ser ellos.

Sanders descolgó el aparato precipitadamente.

—¿Quién llama?

—¿Es usted Sanders? —preguntó una voz ronca que parecía desfigurada adrede. Percival Sanders pulsó un botón y aquella conversación telefónica comenzó a grabarse en cinta magnética.

—Sí, soy yo.

—Su querida Leslie está en mis manos. Su cajero, ese Hunter, le dirá lo que hay que hacer. De lo contrario, su maravillosa hija tiene los minutos contados.

—Si no tengo pruebas de que está en su poder, yo no doy nada, absolutamente nada.

—Escuche...

—¡Papá, papá, no dejes, no dejes que me maten! —suplicó la voz angustiada de una muchacha entre sollozos. El terror brotaba de su garganta.

—Tiene una pistola metida en el culo. Si disparo, la bala le va a salir por la boca. ¡Suerte!

Sanders escuchó la interrupción de la conversación telefónica.

—¡Cabrones! —masculló.

Los dos hombres que permanecían en el despacho lo observaron inquietos. Sanders ya no les prestaba atención, pasaba del rojo al pálido intenso. Llamó a su residencia y se puso en contacto con su esposa.

—¿Qué sucede, Percy?

—¿Dónde está Leslie?

—No sé, ha ido al liceo musical.

—¡Confirma si está allí, yo espero!

—¿Cuelgo?

—No, llama por el otro teléfono, no interrumpas esta línea, es muy urgente.

—Pero ¿qué pasa con Leslie?

—¡Date prisa, coño, que es urgente!

Sin soltar el teléfono, Sanders miró furioso a Vim Hunter que ahora estaba detrás de los visitantes que se sentían como un hipopótamo en medio del congreso, es decir, estorbando.

—¿Qué es lo que piden?

—Un millón.

—¿Quéeee?

—Un millón y me temo que son peligrosos.

—¿Cómo sabe que son peligrosos?

—Vinieron a buscarme con una pistola.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes? —bramó, furioso.

—Porque me amenazaron de muerte.

—¡Lo voy a despedir, Hunter, lo voy a despedir!

—Disculpe, pero también podía tratarse de una broma pesada.

—¡Lo despediré! —Se interrumpió para preguntar por el teléfono

—: Sí, sí, querida. ¿Que no está, dices que no está?

Colgó dando un golpe al auricular y se encaró con Vim Hunter.

—¿Un millón, ha dicho?

—Sí, pero yo no pagaría.

—¿Cómo que no? Es la vida de mi hija. ¿Quiere que la maten?

—Usted me ha dicho que yo debía haber contado lo que ocurrió ayer pese a estar amenazado de muerte. ¿Es que vale más la vida de su hija que la mía?

—¡No es lo mismo!

—¿Por qué?

—¡Basta, reúna inmediatamente ese millón!

Los dos visitantes se miraban el uno al otro, muy preocupados, sin osar abrir la boca.

—Prepararé el millón, pero habrá de firmarse un recibo. Lo va a entregar usted mismo al cajero «Uno» bajo su responsabilidad.

—¿Cómo se atreve?

—Mi opinión es que estando en peligro su hija deberíamos avisar a la policía.

—Y mientras, que la asesinen, ¿no? ¡Obedezca!

—Sí, señor Sanders.

Al poco, Vim Hunter regresaba con un paquete que contenía un millón de dólares en billetes de distinto valor. Eran billetes usados, sin nada especial que pudiera identificarlos.

—Por favor, firme aquí. Si me han de despedir, debo quedar con las manos limpias.

Rabioso, firmó el impreso que Vim Hunter le tendía. Después, tomó el millón y se encaró con las visitas.

—Les ruego me disculpen, ya se habrán dado cuenta de que estoy atravesando un momento muy difícil.

—¿Podemos hacer algo?

—Gracias, muchas gracias, pero me temo que ahora sólo estos billetes pueden salvar la vida de mi hija.

Desde un lugar apropiado, Vim Hunter le vio marchar hacia la caja «Uno» y entregarle al cajero Glower el paquete que fue metido en una bolsa de plástico.

Glower asintió con la cabeza, intuía que había algo anormal en toda aquella operación, pero nada podía objetar, ya que no había armas de por medio.

Entregó el millón a aquella mujer de bien marcadas caderas. Esta fumaba parsimoniosamente, como si careciera de nervios. Tomó la bolsa de plástico y se alejó hacia la puerta contoneándose provocativa.

Los hombres la siguieron con la mirada. Percival Sanders corrió también hacia la salida al tiempo que hacía un gesto a uno de los vigilantes secretos del Banco que además iba armado. Este se acercó a él.

—Siga a aquella mujer, es muy importante, tienen a mi hija raptada. Por Dios, que no la maten.

—Si, sí, señor Sanders.

El vigilante corrió hacia un estacionamiento y se metió en su coche. Vio que la mujer subía a otro vehículo que se alejó rápidamente.

El vigilante Brown dio la llave de contacto varias veces. Pese al ruido, que fue devorado por el cúmulo de ruidos producidos por el farragoso tráfico, el automóvil se negó a ponerse en marcha mientras el coche de los raptos se disolvía entre el montón de vehículos que circulaban por la monstruosa ciudad.

CAPÍTULO III

Vim Hunter estaba ya harto de interrogatorios. Tenía la impresión de que la única forma que tenía para librarse del dolor de su cráneo era abriéndoselo con un cincel, dejando escapar así la presión que constreñía su cerebro.

El teniente de detectives Follower le había recomendado que no saliera de la ciudad. Vim le preguntó si tenía que llamar a su abogado y, con sarcasmo, le respondieron que todavía no.

El FBI estaba metido también en el asunto. El rapto era delito federal y un tipo muy serio, con su placa del Federal Bureau of Investigation, le examinó a través de sus anteojos antes de comenzar a rellenar una ficha que a Vim le pareció como para entregar a Hacienda.

—¿Jura que no podría reconocerlos?

—¿He de jurarlo?

—Tendrá que firmar la declaración, que equivale a lo mismo.

—Hoy por hoy, no creo poder reconocerlos. Cualquiera que se pusiera idéntica capucha me parecería igual.

Cuando quedó en su apartamento, libre de interrogatorios, suspiró de alivio.

Tenía que tomarse unas vacaciones mientras se aguardaba la reunión del consejo superior de administración del Banco para determinar lo que se iba a hacer con él.

«Si me despiden, recurriré al sindicato», se dijo con la cabeza entre sus manos y mirando al techo.

El caso había salido en televisión y en los periódicos y, por lo visto, él no quedaba precisamente como el bueno de la película. Miraba la televisión y ya iba a cerrarla, pues habían terminado los informativos de la noche, cuando sonó el teléfono. Se dijo que si era otro periodista tendría que acordarse de su madre.

—¿Diga?

—¿Vim?

—¿De parte de quién? —preguntó receloso ante el timbre amigable y algo sensual de la voz femenina.

—Soy Doris.

—¿Doris? —repitió, extrañado.

—Sí, la chica que encontraste en el snack.

—Sí, sí, ya te recuerdo.

—He visto por televisión el reportaje sobre el robo al Banco del millón de dólares y el secuestro de la chica.

—¿Cómo me has localizado?

—Pues, al conocer tu nombre y preguntando a información. Creo

que no han sido pocos los que han buscado tu número telefónico, eres todo un personaje.

—Un personaje a la baja.

—Yo creo que has hecho lo adecuado.

—Pues, en el Banco me han dado vacaciones adelantadas. Lo malo es que ahora estamos en invierno y además, según la policía y el FBI, no es conveniente que abandone la ciudad por si se me necesita. ¿Qué crees que puedo hacer los días que voy a tener libres?

—Divertirte. El millón no lo entregaste tú por lo que he sabido y, además, la chica secuestrada no era la hija de tu director sino una amiga de su hija.

—Sí, fue curioso, pero los raptos se equivocaron. Hubo una confusión que en medio de todo el nerviosismo de raptos y de perjudicados no se notó hasta que Leslie apareció por su casa y su amiga fue puesta en libertad tras cobrar el millón de dólares. A la chica no le han hecho nada, pero se han llevado el millón y a los capostotes del Banco no les ha hecho maldita la gracia.

Doris preguntó entonces:

—¿Por qué no nos vemos?

—¿No tienes miedo de que el FBI te siga el rastro?

La mujer se rió al otro lado del hilo telefónico.

—¿Eres el sospechoso número uno?

—A mi me ha dado la impresión de que sospechan que estoy liado con la banda, pero tengo una carta secreta que no he puesto boca arriba.

—¿Una carta secreta?

—Sí, y en cuanto me interese la descubriré.

—¿Por qué no ahora?

—No es el momento. ¿Te parece bien que te recoja con mi coche?

—Como quieras. Estaré en...

A Vim Hunter le hacía cierta ilusión volver a encontrarse con aquella mujer que había desaparecido en mitad de la noche.

La recogió en la Tercera Avenida esquina a la calle 41. No le fue difícil reconocerla, la recordaba exactamente tal como era. Sus llamativos cabellos rubios, sus ojos de un azul intenso, su estrecha cintura.

—Hola, Vim.

—Tú no crees que yo esté involucrado en el rapto que llaman del millón, ¿verdad?

—No, porque te vi la noche antes y estabas muy preocupado. Tu confesión de que estabas amenazado concuerda con el hombre que yo conocí.

—Me temo que eso no servirá para que los hombres del FBI y de

la policía de New York dejen de sospechar de mí.

—Tuvo que ser una sorpresa para el director del Banco.

—Director adjunto. Después de lo ocurrido, llegó de las Hawai el director Thansee.

—¿Te has entrevistado con él?

—No, parece como si estuviera apestado. Está visto que por amor y fidelidad al Banco tenía que haberme dejado matar.

—De haber avisado a la policía, no sé si hubieras conseguido frustrar el rapto de la chica, y eso ya lo tenían previsto.

—Lo gracioso es que se equivocaron y raptaron a otra en lugar de Leslie. El Banco podía haberse librado del pago.

—Así que tienes vacaciones...

—Forzosas.

—Y en tu tiempo libre, ¿qué harás?

—Voy a hacer lo que todos los aficionados a leer novelas policíacas han deseado siempre.

—No me digas que vas a ponerte a investigar por tu cuenta.

—Ajá, sin carnet de investigador privado ni nada. Bueno, cubriré las apariencias.

—¿Cómo?

—Contrataré a un investigador privado pidiéndole que no interfiera en la investigación oficial.

—A los del FBI no les va a gustar.

—Que se fastidien. No me gusta el rol de ser el principal sospechoso. Te hacen demasiadas preguntas y siempre te están amenazando con la mirada, es como si telepáticamente te estuvieran diciendo: «Hunter, tienes los minutos contados. Estás a punto de caer en la trampa. Pronto te verás entre rejas para toda la vida, un rapto es un crimen muy serio en nuestro país, nada más y nada menos que un delito federal, rapto con extorsión.»

—¡Cuidado, nos vamos a matar!

Vim Hunter esquivó el automóvil que se les venía encima. Se cruzaron unos bocinazos, chirriaron las ruedas y ambos prosiguieron sus respectivos caminos pensando que el otro era un cretino al que no deberían permitirle conducir un vehículo.

—No creo que puedas averiguar nada que el propio FBI no sea capaz de descubrir.

—Ya verás.

Hundió el pie en el acelerador y no tardaron en llegar frente a un pub llamado Danger.

—Tiene aspecto poco recomendable —observó Doris.

—Así es. Si quieres esperarme en el coche, puedes hacerlo.

—¿Está ahí dentro el investigador privado?

—Si no anda metido en algún «tomate», posiblemente.

El interior del local correspondía al aspecto sórdido de la fachada.
—Hay muchas mujeres aquí —opinó Doris fijándose en la concurrencia mal iluminada por luces rojas, verdes y azules, estratégicamente colocadas.

—No son mujeres, son travestís.

Doris carraspeó.

—Oye, chico, qué poco original eres —le dijo uno pasando por el lado de Vim Hunter, casi rozándole y haciéndole un movimiento despectivo con el hombro.

—¿Buscan una mesa? —les preguntó una camarera altísima, de pechos altos y opulentos, labios muy pintados y unas manos y pies larguísimos, especialmente éstos; debería gastar un cuarenta y cuatro.

—¿Dónde está Foxy?

La extraña camarera dibujó una sonrisa triste y les pidió que la siguieran.

En una punta del mostrador había una mujer rubia de cabellos largos, muy alta, de manos grandes.

—Foxy, aquí tienes a unos amigos.

La tal Foxy se volvió despacio al tiempo que de una forma sofisticada expulsaba el humo del largo cigarrillo que fumaba, un humo que envolvió su rostro dándole un aspecto misterioso.

—¿Os conozco, encantos?

—No —contestó Vim Hunter—, pero alguien me ha hablado de ti.

—Buen chico ese alguien si vienes a proponerme algo interesante.

—Sé que eres investigador privado.

—Hum, así es. ¿Me buscas como cliente?

—Sí.

Doris te observaba con mucha atención. Aquel Foxy era un travestí con una mirada sumamente especial. Si por ella hubiera sido, se habría marchado del local en aquel mismo momento.

—¿De qué se trata?

—De un asunto feo.

—Bah, no será tanto.

—Rapto y extorsión.

—Eso es un delito federal.

—Sí, eso parece.

—¿El FBI ya está metido en el rollo?

—Hasta los pistones.

—Entonces, no me interesa.

—¿Tienes miedo?

—He estado dos veces en la cárcel y, la verdad, no es un hotel de vacaciones, aunque allí dentro aprendí muchas cosas que luego me han servido de mucho.

—Mira, Foxy, yo no soy rico, sólo soy un empleado de banca metido en problemas.

—¡Ahora caigo! ¿Tú eres el cajero amenazado del Fergus West Bank?

—Exacto.

—Un lío feo. ¿Cuánto te han pagado?

—No creerás que estoy liado con los raptos, ¿verdad?

Detrás de su cigarrillo, el extraño detective sonrió cínicamente.

—¿No piensa eso el FBI?

—Que piensen lo que quieran. Estoy metido en un lío, tengo la impresión de haber sido utilizado como un muñeco. Voy a perder mi empleo y mi honestidad profesional. Si mi situación no se esclarece tendré que buscarme otra clase de empleo.

—¿Y la chica? —preguntó, señalando a Doris.

—Es mi amiga.

—¿Metida en el rollo?

—No.

—Te va a costar doscientos pavos diarios más gastos.

—Tú has visto muchos telefilmes, Foxy.

—Está bien, doscientos sin gastos,

—Cien y todo a tu cuenta.

—¡Así no se puede trabajar! —protestó Foxy, despectivo.

—Haz lo que quieras. New York tiene tantos investigadores privados como taxis; si uno pasa de largo, se espera a otro.

—De acuerdo, de acuerdo, cien, pero quiero una semana por adelantado.

—Quiero un informe diario de lo que hagas.

—¿He de marcar en un reloj?

—Foxy, me gustaría que descubrieras algo antes de que lo hagan los del FBI.

—¿Y si los del FBI descubren que estoy metiendo las narices en tus asuntos?

—Les cuentas que estás escribiendo una novela policíaca y te hacía falta información.

—No se lo van a tragar, pero es lo mismo. Por cierto, ¿no invitas? Cuando ya bebía unos bourbons, el investigador preguntó:

—¿No tienes ninguna pista?

—Sí encuentras billetes de los pagados, yo puedo reconocerlos.

—¿La numeración?

—No, había demasiados y eran usados.

—¿Los has marcado?

—Sí.

—Dime la marca.

—Eso no lo digo, tú trae los billetes si los encuentras, aunque sea

el billete que se dé en una propina al portero de un hotel. Yo lo reconoceré si es el pagado a los raptos y luego será más fácil identificar a quien ha pagado.

—No es mucho para empezar.

—Si supiera más, no te pagaría cien pavos diarios.

—Creo que lo que acabas de decir es una razón de peso.

Media hora más tarde salían del local. En tono de pregunta, Doris le dijo a Vim Hunter:

—¿Te fías de ese hombre o lo que sea?

—¿Por qué no? ¿A mí qué me importa su apariencia mientras consiga una efectividad profesional? Tal como va, puede meterse en los lugares más insospechados. Además, en su papel de hombre es totalmente distinto al que acabas de ver.

—Es un cínico.

—No más que otros que van con corbata y bien afeitados.

—Si tú lo dices.

—Oye, Doris, ¿qué te parece si vamos a mi apartamento?

—Tengo la impresión de que me estás pidiendo que me acueste contigo.

—¿Es malo pedir «mama teta»?

—Me temo que tú no te conformas sólo con una teta... —sonrió Doris sin dejar de caminar hacia el coche.

—Bueno, si son dos, mejor.

—Por favor, Vim, no te pongas en plan de niño triste y frustrado que a mí no me va ahora el rollo maternal.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Por qué no me llevas a mi casa?

—O.K.

Vim Hunter pensó que era lo mismo estar en una casa u otra mientras estuvieran juntos.

La noche prometía ser larga y apasionante, eso le quitaría el mal sabor de boca de un día que había sido aciago con respecto a su situación de empleado del Fergus West Bank.

Doris vivía en un suburbio residencial al oeste de Queens, por lo que parecía obligada a tomar un tren cada día para trasladarse a Manhattan.

La casa resultó un chalet precioso, rodeado de césped cuidadísimo. Lo malo es que allí también vivían los padres de Doris que prácticamente lo sentaron en el largo porche que daba a una calle amplia por la que sólo pasaban aves nocturnas y pequeños murciélagos buscando algún mosquito que devorar.

El rostro de Vim Hunter era una paradoja. Su ceño estaba fruncido al tiempo que sonreía con la boca. Lo uno contradecía lo otro, pero la madre de Doris no pareció notar nada, quizá porque en el porche

había poca luz.

Le sirvieron tarta de manzana cuando a él le hubiera gustado mucho más saborear otra clase de pastel, un pastel llamado Doris.

CAPITULO IV

Los delincuentes se habían reunido en un edificio abandonado del Bronx, un edificio que sólo aguardaba las máquinas de demolición que convertirían lo que había sido un edificio de apartamentos baratos en un solar listo para ser edificado de nuevo; mas, no parecía haber prisa.

El entorno era deplorable y otros edificios y casas bajas también estaban abandonadas o habitadas por los desheredados de la fortuna.

—Hay que repartir.

Wells era el más inquieto.

Bronson tenía los billetes sobre la mesa, unos billetes codiciados por todos y que hacían brillar los ojos de los tres hombres y la mujer allí reunidos.

—Yo quiero cobrar. Arriesgué mi cara y mucho —dijo Nancy tras encender un cigarrillo.

—No lo pasaste tan mal, sabías que no te iban a causar problemas.

—Eso nunca se sabe —rebatía ella.

Wells objetó:

—Podías haberte cortado ese pelo que llevas y ponerte una peluca y gafas.

—Sí, y disfrazarme como una vieja.

—No corría riesgos —insistió Bronson.

Loony, que permanecía callado, opinó en aquel momento:

—Lo mejor es cobrar y desaparecer. Tenemos billetes usados, irreconocibles. Con ellos podemos vivir a lo grande y aunque dicen que New York es ideal para que una rata pase desapercibida entre millones de ratas, lo mejor es irse a Miami a a Los Angeles, al buen clima, a las playas con chicas.

—Sí, yo también quiero mi parte y volar, ahora de nada sirve que sigamos juntos.

—Wells tiene razón —aprobó Nancy.

Bronson, el hombre de estatura media baja, cuello corto y voz ronca, se encogió de hombros.

—Por mí, de acuerdo —dijo—. Ha sido un buen golpe. Es una pena separarnos porque podríamos dar otros golpes parecidos, máxime ahora que tenemos billetes para financiarnos.

—Ya pensaremos en ello —cortó Wells—. Ahora quiero mi parte.

Nancy añadió:

—Y yo la mía.

—Antes, las mujeres de las bandas de gánsters se conformaban con acostarse con el jefe de la banda y conque les compraran

alguna joya o un abrigo de pieles —comentó Bronson, sarcástico.

—Las mujeres de antes eran idiotas —replicó Nancy—, A trabajos iguales, igual salario, sin distinción de sexos. Eso dice la ley, ¿no?

—Cuidado, Bronson, que Nancy nos funda el sindicato feminista del crimen y puede resultar muy peligrosa.

Bronson se rió.

—A las feministas se las tranquiliza en la cama.

—No creo que un tipo como tú sea capaz de saciar a una mujer como yo —le dijo Nancy.

—¡Ya basta, me estás cabreando!

—No te enfades, pequeño.

—No me gusta que me llames pequeño.

—De acuerdo, abuelito.

—¡La madre que te parió, si vuelves...!

—Cuidado, Bronson. Si me golpeas, me vengo. No sé cuándo, pero me vengaré —advirtió Nancy, clavando su mirada en el rostro de Bronson como si fuera un afilado acero.

—Está bien, preciosa, tienes suerte de que hoy es mi día de buen humor. No sé qué pasa, pero cuando tengo billetes al alcance de mis dedos se me cura hasta el hígado.

Wells tomó la bolsa de plástico bajo la mirada de Bronson que le reprochó aquella acción y la volcó, vaciándola de billetes.

—Haz las partes.

—Está bien. Sois unos estúpidos, con este dinero podríamos trabajar en grande, pero os empeñáis en disfrutar la plata a lo enano.

Tras aquellas palabras despectivas y ante la mirada ávida de sus secuaces, Bronson comenzó a contar billetes. Hizo tres montones y no cuatro. Las bocas seguían silenciosas, los ojos acusadores.

—¿Qué os pasa, no os gusta? Toma, Nancy, tus cien. Wells, tus cien y tú, Loony, tus cien.

Nancy, menos ambiciosa, tomó los billetes. Loony, después de dudar, hizo lo mismo, pero Wells no alargó sus manos.

—¿Sólo cien a cada uno?

—Es lo acordado, ¿no? —gruñó Bronson.

—Primero se dijo algo de lo que no quiero acordarme. Aquí hay un millón y por mi parte en el trabajo considero que cien es muy poco.

—Cien es tu parte, como la de Loony y la de Nancy.

—Mi parte son doscientos, para algo soy el cerebro.

—No me dieron el graduado en el *college* —gruñó Wells—, pero sé contar lo suficiente como para darme cuenta de que tres y dos son cinco y resta aún medio millón.

—Ese dinero es para el jefe.

—El jefe eres tú, Bronson —le dijo Loony.

—De vosotros, sí, pero hay otro jefe, siempre hay otro por encima y ése se lleva el bocado grande. Así son las cosas.

—Eso es peor que pagar impuestos —masculló Loony.

—¿Y si no creyera que existe ese jefe por encima y que tú quieres quedarte con toda la parte? —le dijo Wells.

—Piensa lo que quieras, pero he dicho la verdad. Este golpe no lo he pensado yo, ha salido bien porque estábamos protegidos.

—¿Por quién, por el FBI? —rezongó Wells, sarcástico.

—Más o menos.

—Yo no me lo creo y quiero un cuarto de millón.

Bronson se rió en tono bajo, muy burlón.

—¿Vas flipado, Wells?

—Si estuviera flipado pediría el millón —replicó muy des- , pació, como sopesando cada sílaba—. Pero, ya ves, Bronson, no he tomado ni un whisky.

Aquellas palabras implicaban una amenaza, también un desafío, un desafío que ya flotaba en el aire.

Wells se encaró con Nancy y Loony para preguntarles:

—¿Qué os parece a vosotros? ¿Es justo o no un cuarto de millón para cada uno y luego a volar a las playas de Florida o California?

—A mí me parece de maravilla —aceptó Loony.

Nancy opinó:

—Con un cuarto de millón podría hacer muchas cosas.

—Está bien, está bien —exclamó Bronson—. Vivimos en un país libre, en la democracia. La voluntad de la mayoría gana.

Wells sonrió, satisfecho.

—Me alegra que lo entiendas, Bronson.

—Tres contra uno, vosotros ganáis. Anda, puedes contar los billetes que faltan, pero no vayas a arrebatarme uno solo a mí, podría ponerme furioso.

—No tengas miedo, yo soy muy justo contando —contestó Wells alargando sus manos y cogiendo los billetes para comenzar a contarlos.

Las manos de Wells quedaron vigiladas atentamente por los ojos ávidos de Nancy y Loony cuando ocurrió lo imprevisto, pero que era lo más fácil de suponer.

Sigilosamente, Bronson empuñó una Browning del 35, una pistola moderna y bien preparada, un arma infalible si quien la empuñaba también lo era.

Cuando Wells vio el cañón, sus ojos dejaron de parpadear. Aquélla no era la pistola que solía utilizar Bronson. La Parabellum estaba colgada de un clavo en la pared, funda incluida.

Bronson debía haber previsto aquella situación de desafío y había

escondido una segunda pistola en alguna parte de su cuerpo, una pistola que ahora apuntaba al entrecejo de Wells que no sabía si sonreír, suplicar o gritar. Su boca se movía en muecas cambiantes, sus labios temblaban.

—Espera, Bronson, espera. Era una broma...

—Claro que sí, Wells. Era una broma, también es una broma que te incruste un plomo en la sesera.

—¡No, no!

Sólo una detonación, un disparo que produjo un orificio entre los ojos de Wells, un estampido seco que un instante después resultaba hasta difícil saber si se había producido o sólo había sido una ilusión.

Wells cayó hacia atrás como si le hubieran dado una patada en plena boca.

Quedó sentado en la silla y con la espalda contra el suelo, los brazos y los ojos abiertos mientras una cosa oscura salía de su cráneo.

La mueca de su boca quedaba definitivamente fijada en su rostro, los dientes salidos, los labios entreabiertos.

Loony y Nancy, muy quietos, miraban al compinche muerto y luego a Bronson que seguía empuñando su arma.

—No estábamos de acuerdo, Bronson, te lo juro —dijo Loony.

—Sí, claro que sí. Yo no discuto nada a quien toma lo que le doy.

—¡Jo, qué democracia! —no pudo por menos que exclamar Nancy, recuperando el aliento.

—No seas idiota, nena. Cuando alguien tiene un juguete de éstos —le mostró la pistola— y te lo puede poner en las narices, se terminó la democracia. Lo que hay que prever siempre es que el que pide igualdad no tenga un revólver con qué defenderse. Y ahora que habéis entendido que el jefe soy yo, toma tus cien y tú, Loony, también. Con esto podéis pasarlo bien y ahora, nos vamos de aquí.

Nancy, señalando al muerto, preguntó:

—¿Y los cien de ése?

—¿Esos cien? Bueno, yo he tirado y he dado en la diana, luego tengo premio. ¿No os parece?

Loony y Nancy optaron por no decir nada en contra del cinismo asesino de Bronson.

—Yo estoy contigo, Bronson.

Nancy, fumando como si nada hubiera ocurrido, ignorando la presencia del cadáver, dijo a su vez:

—Cuenta conmigo también.

—De acuerdo. —Comenzó a recoger los billetes—. Tú, Loony, vas

a tomar un bidoncito de gasolina y rociarás bien a Wells. Luego le prendes fuego y te largas. Que no quede en sus bolsillos nada por lo que se le pueda identificar. Que su carroña se quede en el congelador de la Morgue hasta que el juez decida incinerarlo.

Dejaron a Loony que se encargara del cadáver de Wells.

La mujer se había guardado los billetes en su bolso de mano.

Bronson recogió el resto en la bolsa de plástico y le dijo a Nancy:

—Vámonos.

Nancy se dejó llevar en el coche de Bronson.

—¿Quieres que vaya contigo a un motel? —preguntó Nancy.

—No, hoy no, tengo que hacer, ya te llamaré.

Bronson tenía mucho que hacer. Los billetes quemaban en sus manos y sabía que la policía de New York colaboraba con el FBI, siendo este cuerpo federal el que realmente se encargaba de la investigación de aquel delito. Rapto con extorsión constituía un delito federal duramente castigado.

Cuando se detuvo frente a un semáforo, escuchó el vocear de un muchacho que vendía periódicos.

—¡Lo último sobre el rapto del Banco, lo último sobre el rapto del Banco!

—¡Muchacho, uno!

—Gracias, señor —le dijo tras recibir el dinero.

El chico se alejó, voceando su periódico.

—Anda, mira que dice mientras yo conduzco.

Nancy se quedó pálida y enmudeció de golpe.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado sin lengua?

—Bronson, tiene mi fotografía —balbuceó.

—¿Qué?

Estuvieron a punto de chocar contra otro automóvil. Bronson consiguió evitar la colisión.

—Han puesto mi fotografía en el periódico, menos mal que la impresión es bastante mala.

Bronson se estacionó momentáneamente a doble fila para examinar la foto que ella le mostraba.

—Por todos los diablos, te la debieron tomar en el Banco...

—¿No dijiste que no pasaría nada?

—Cuernos, no contaba con semejante marranada...

—No te preocupes, cambiaré mi cara más de lo que imaginas.

—Te conviene, o vas a dar con tus huesos en la cárcel y para toda la vida.

—Llévame a...

No mucho más tarde, Nancy se internaba en un establecimiento de peluquería y estética.

—Hola, querida.

—Jennifer, tengo prisa. Quisiera que me trabajaras un poco la cabeza.

—Tienes un pelo muy bonito, querida.

—Pues me lo quiero dejar cortito, muy cortito. También vas a arreglarme las cejas.

—No te preocupes, te dejaré como nueva.

—¿Tienes pelucas?

—Sí, precisamente me han llegado unas preciosas, cabello tailandés decolorado, preciosas y resistentes, con el tono de color que desees.

—Magnífico.

—Te costará un poquito cara...

—No te preocupes, te pagaré lo que pidas, pero quiero sorprender a mi boy. —Y se echó a reír con ficticia alegría.

Mientras una oficial de la peluquería comenzaba a cortar el cabello de Nancy, Jennifer, la propietaria del establecimiento, se encerró en su despacho y comenzó a marcar un número en su teléfono.

La sonrisa se había borrado de su boca.

CAPITULO V

Vim Hunter se detuvo en el antedespacho del director gerente del Fergus West Bank.

Le había llamado para que se presentara a las diez en punto, ni un minuto más ni un minuto menos, para ser recibido por el director general míster Thansee.

Thansee no era el adjunto Percival Sanders si no el jefe máximo, el que tenía que responder con datos y tesorería ante el consejo superior de administración del Fergus West Bank, el hombre que había tenido que regresar volando desde las Hawai al conocer lo ocurrido.

—¿Cómo está de humor, Clare? —preguntó a la secretaria, una mujer que había sido muy hermosa en su juventud y que a sus cuarenta años, además de conservar belleza, tenía una gran eficiencia que era muy apreciada a nivel de la alta dirección.

—Está duro como el granito, frío como un iceberg y expeditivo como un cañonazo.

—Ejem, entonces no nos lo han cambiado, sigue siendo míster Thansee.

A las diez en punto, junto a la puerta tapizada en cuero, se encendió una luz verde. Al mismo tiempo, un avisador musical advirtió a la secretaria.

Esta, de forma casi automática, pulsó el botón de un sofisticado dictáfono y habló frente a él.

—Míster Thansee, Vim Hunter espera a ser recibido.

El director gerente no tuvo que responder con voz, bastó que en el dictáfono se encendiera un pilotito verde intermitente para que Clare sonriera.

La secretaria se levantó, abrió la puerta tapizada en cuero y Vim Hunter se adelantó hacia ella.

—Ave el del castillo, ábrete sésamo, abracadabra... —dijo en tono bajo.

—Suerte —le deseó Clare sonriente.

El despacho era amplio, aquel lugar era casi la capilla Sixtina del Banco. Allí colgaban óleos valiosísimos, posiblemente robados por algún ladrón de obras de arte y vendidas al Fergus West Bank.

Todo el suelo estaba alfombrado por artesanos persas. Los muebles eran de caoba de varios siglos de antigüedad, pero con una conservación superior. Todo lo moderno y sofisticado quedaba disimulado dentro de obras de arte.

Thansee estaba detrás de la pesada y regia mesa también de caoba, con un tablero macizo de tres pulgadas de grosor y de una sola pieza, sin junturas.

Míster Thansee era un hombre grueso, más obeso que macizo. Usaba gafas con cristal de muchas dioptrías y no gustaba de pasar por lugares sin acondicionador de aire porque su calva sudaba en exceso.

—Hunter.

—He recibido su llamada y aquí estoy.

—Hunter, usted no se portó muy bien con este Banco que le da de comer.

—Verá, míster Thansee, el Banco me da de comer, es cierto, pero yo le doy mis horas de trabajo y mi profesionalidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que el Banco paga lo que yo le doy, no creo que nos debamos agradecer nada mutuamente porque estamos a la par. Darle las gracias sería hacerle le pelota y un tipo inteligente como usted no creo que esté buscando la lisonja estúpida en uno de sus empleados.

—Ejem, no sé si considerarle muy listo o muy estúpido.

—El juicio personal es optativo de cada cual. Usted puede pensar que soy listo o estúpido y yo puedo pensar lo mismo de usted.

—¡Basta, Hunter! ¿Quién se ha creído usted qué es?

—Un hombre, un ciudadano, un ser que tiene derecho a la vida lo mismo que los demás. No tengo otra vida que la que mueve este cuerpo que usted está viendo. Si me matan, se acabó y no crea que es que tenga miedo a la muerte, pero me parece estúpido morir por unos dólares que además no son míos.

—¡Son de la empresa para la cual trabaja!

—Dígame, por favor, y pregúnteselo al presidente del consejo de administración si para ellos es más importante un pellizco del dinero del Banco o mi vida.

—Creo que será mejor que no sigamos discutiendo. Sólo quería decirle que en el próximo consejo de administración será usted cesado, por lo que sería de agradecer que presentara su dimisión irrevocable a su empleo antes de que se celebre el consejo superior de administración. Es obvio decirle que esto facilitará las cosas y usted cobrará digamos una comisión por servicios prestados.

—¿Y si no presento mi dimisión?

—Entonces, le cesaremos.

—¿Se da cuenta de que puedo recurrir a mi sindicato en busca de apoyo?

—No me estará amenazando con una huelga de empleados de banca, ¿verdad?

—No amenazo con ninguna huelga, pero prefiero que medite lo

que va a hacer. Lo que usted pretende equivale a decir que antes debe perderse la vida de un empleado que un dólar el Banco.

—Yo no he dicho tanto.

—Quizá en el sindicato de la banca no lo entiendan así.

—No ponga las cosas difíciles. Le compensaremos bien, no saldrá perjudicado.

—¿Ah, no? Y si salgo de aquí, ¿qué Banco va a admitirme?

—Puede buscarse un empleo en otra parte.

—Si me veo forzado a ello, lo buscaré, pero no me obligue a hacerlo. De todos modos, míster Thansee, yo no me siento culpable de nada. Yo entregué el millón a míster Percival Sanders, él firmó el recibo y fue quien lo entregó en caja.

—Pero usted sabía lo que iba a pasar y no lo advirtió.

—Yo no sabía que fueran a raptar a nadie.

—Podíamos haber evitado que se llevaran el millón.

—Sí, llenando el Banco de policía, pero la vida de la chica raptada habría corrido peligro.

—No era la hija de Sanders.

—Es lo mismo, era una chica y por si fuera poco, yo tendría que pensar cada día si era el último que vivía.

—Le hubiéramos puesto una escolta de protección.

—Y una medalla de héroe.

—No es usted ningún héroe.

—No pretendo ser el John Wayne del Fergus West Bank, entre otras cosas porque al John Wayne de las películas no le disparaban plomos de verdad sino salvas detonadoras. Ya le he dicho que no me asusta la muerte, pero morir para que el Fergus West Bank no pierda unos dólares que en el balance final del año ni siquiera iba a notar, no, gracias, soy algo más que un héroe de papel.

—Por los informes que tengo de usted, jamás hubiera llegado a pensar cómo es en realidad.

—Los informes profesionales nunca hacen justicia a la verdad, no son el mejor retrato que nos pueden hacer. Míster Thansee, yo no le quito a usted nada ni envidia sus casas, su yate, su cuenta bancaria, sus joyas, sus coches y sus fulanas. Vea a los empleados como a seres humanos y al dólar como algo que sube y baja, como esos dólares que usted se juega en Las Vegas sin que nadie se lo reproche, unas veces se gana y otras se pierde. Yo no soy el culpable, que el FBI y la policía del estado busquen a los gánsters que se han llevado el millón y que sean ellos quienes paguen. No pretenda que pague yo mientras tanto no se les encuentra a ellos como para mitigar una frustración.

—Ya hemos hablado suficiente. Presente su dimisión antes del

día diecisiete del corriente o será cesado.

—Me doy por advertido. Ah, pregúntele a míster Sanders por qué dio el millón.

—El creía que iban a matar a su hija.

—Oh, disculpe, me había olvidado de que la hija de míster Sanders es más importante que yo. Buenos días.

Le dio la espalda y salió del despacho dejando al director gerente del Banco con las mejillas enrojecidas, a punto de estallar.

CAPITULO VI

Foxy vestía unos pantalones rayados y cazadora de cuero. Cubría sus ojos con unas gafas oscuras y llevaba una peluca «afro».

Nadie hubiera podido decir que era la misma persona que seguía el rol de travestí cuando fuera contratado por Vim Hunter. Ahora parecía un tipo poco recomendable del sur del Harlem, justo en la frontera donde las dos razas comenzaban a confundirse, donde las navajas se teñían más de sangre.

—¿Tienes algún informe?

Kopalsky era un tipo singular. Tenía los cabellos extremadamente lacios y los llevaba abrillantados como si viviera en los años veinte.

Sus ojos eran fríos y sus manos blancas no parecían temblar jamás. Solía sonreír, aunque era difícil determinar si sonreía o bien le habían parido con aquella cara que tenía.

Lo que sí sabían de él Foxy y otros detectives es que Kopalsky era una especie de centro de datos. Nadie sabía cómo se las arreglaba para saber tanto dentro del mundillo del hampa.

Si algo ocurría, si alguien trataba de pasar desapercibido, Kopalsky lo sabía. Tenía contactos en clubs, snacks, pubs, peluquerías, gimnasios, salones de juegos electrónicos, billa res y muchos otros puntos de reunión o de alojamientos como hoteles y moteles.

Eran muchos los que tenían su número telefónico y si alguien averiguaba algo que podía ser importante, llamaba a Kopalsky y se lo contaba. Si a éste le servía, luego pagaba la información.

Foxy sabía que Kopalsky no colaboraba con la policía ni el FBI, entre otras cosas porque tenía un pequeño pacto con el sindicato del crimen a cuyos miembros facilitaba información cuando éstos la pedían.

—La información vale la pena, Foxy, y ya sabes que yo no hablo por hablar.

—Entonces, ¿sabes algo? —preguntó, vivamente interesado.

—Lo suficiente.

—¿Para qué?

—Para encontrar a quien puedas buscar. Incluso había llegado a pensar hacer la oferta a los capitostes del Banco.

—Eso es peligroso, ellos te enviarían al FBI.

—Quizá, pero también podrían darme veinte de los grandes.

—Eso es una fortuna.

—¿Para quién trabajas tú?

—Ya sabes que no puedo decírtelo, secreto profesional, pero sí puedo decirte que me paga poco.

—Lo creo. Si tu cliente tuviera mucha plata habría buscado a una agencia de detectives fuerte, pero te diré más, tú vas a tener más suerte que ellos.

—¿Ah, sí?

—Si pagas, claro.

—¿Cuánto?

—La información vale diez de los grandes. Si quisiera, podría sacar más.

—¿La policía o la organización?

—Estos últimos terminarían por llevarse el millón entero. En fin, vamos a tomar un pájaro en mano, diez mil y la información es tuya.

—Diez mil es mucho.

—Si no los traes esta noche, vendo la información en otra parte. Es una información buena que se vende sola.

—Antes de pedirle a mi cliente que pague he de saber de qué se trata, puede que no valga tanto.

—La foto de la chica.

—Esa foto la publican los periódicos.

—Los periódicos publican la fotografía que fue tomada en el Banco por una cámara vigilante.

—¿Y qué fotografía ofreces tú?

—La foto de cómo es la chica ahora, porque no irás a pensar que esa mujer, después de ver su foto en los periódicos, siga llevando la misma jeta, ¿verdad?

—¿De verdad tienes la fotografía de la chica?

—Sí.

—Un rostro no es suficiente en medio de doce millones de rostros.

—Puedo decir también dónde encontrarla y tiene suerte que yo no me dedico a los negocios en grande. Me conformo con comprar y vender información.

—Algo hay en todo esto para que no quieras aprovecharte de manera personal, Kopalsky.

—Bueno, digamos que los raptos que se llevaron el millón, perderán. Seguro que caen muertos o en la cárcel.

—¿Perdedores, seguro?

—Te apuesto doble contra sencillo a que terminan mal.

—Tengo la impresión de que tu olfato es bueno.

—No lo dudes. Detrás de todo esto hay algo que quema y prefiero no ir lejos. Me conformo con los diez mil, habrá

sangre y a lo peor hasta tú te ves salpicado.

—Suelen encargarme casos pequeños.

—Lo sé.

—Si existe esa dirección, puede que interese a mi cliente.

—Esta noche puedes encontrarme en el VIP Third.

—¿Puedo ver antes la foto?

—No, no —se rió Kopalsky.

—¿Y si es falsa?

—Yo nunca engaño. Si es falsa, vienes y te devuelvo la pasta. Yo no me oculto, puedes encontrarme y por diez de los grandes no me juego el gaznate.

—De acuerdo, volveré a buscarte.

—Si a tu cliente le interesa mucho, pagará.

Foxy abandonó a Kopalsky. Buscó una cabina telefónica desde la que llamó a Vim Hunter, pero no le encontró.

Vim Hunter tenía un malhumor profundo, un malhumor que no se disipaba viendo una película cochon.

Se sentía con las manos atadas, aún no podía hacer nada hasta que el detective Foxy le facilitara más información.

Contra lo que Hunter suponía, Doris aceptó ir a su apartamento a la salida de la redacción de la editorial donde trabajaba.

—¿Crees que ya no hay solución?

—Respecto a mi empleo, no, querida. Debo comenzar a buscar otro trabajo.

—¿Te han echado?

—Aún no, pero lo harán, han pedido mi dimisión.

—Eso es una cochinada.

—Sí, es lo que yo pienso. En fin, veamos las cosas por el lado bueno.

—¿Y cuál es el lado bueno?

—No lo sé, querida. De momento, para mí lo bueno eres tú, porque respecto a lo sucedido, creo que ni atrapando a los raptos se va a solucionar mi problema. He sido un poco digamos brusco y descortés con míster Thansee.

—¿Es el jefe máximo?

—En realidad, sí. Por encima de él sólo está el consejo superior de administración, presidido por míster Fergus.

—¿Míster Fergus no suele ir por el Banco?

—Aparece como los fantasmas, cuando menos lo esperas. Tiene más negocios.

—¿Tiene herederos?

—Sí. Míster Thansee es quien parece va a heredar el Banco cuando míster Fergus muera. Está casado con la hija mayor de éste. No vayas a creer que son ningunos niños, Fergus está ya muy

viejo, es una pieza de museo arqueológico. Tiene los huesos tan duros y viejos que si se cae se hace trocitos. Míster Thansee es otra cosa.

—¿Se entiende bien con su mujer?

—Si te refieres a sexualmente, sé poco del asunto. Míster Thansee ha tenido algún devaneo, pero no ha durado, le atrae más el poder y el oro que las mujeres. En cuanto a su mujer, está por debajo de la media intelectual.

—¿Subnormal?

—Por ahí van los tiros. Si no lo es completa, es lo que en la edad escolar llaman un niño retrasadamente difícil. Lo malo es que descubrió el alcohol y han tenido que tratarla un par de veces.

—Entonces, ¿míster Thansee hizo el braguetazo?

—Normal, querida, normal.

Estacionó el automóvil y subieron al apartamento de Vim Hunter.

—Hum, es un magnífico nido de soltero.

—Un poco pequeño, sólo tiene una habitación y otra más pequeña que utilizo como despacho.

—Suficiente.

—¿Para un soltero o para un casado?

—Para los dos.

Ante la sonrisa maliciosa de Doris, él preguntó, siguiendo la ironía:

—¿Y si vienen los niños?

—Ya se les buscaría acomodo y siempre se puede ir pensando en un traslado.

—Hum, creo que se puede meditar. ¿Qué te parece si probamos?

—¿A qué?

—A ver cómo se hacen los niños.

—¿Lo he de tomar como una proposición honesta o muy deshonest?

—De momento hay que pensar en lo de muy deshonest, porque hay que evitar que vengan los niños.

—Si llegaras a casarte, ¿te gustaría tenerlos?

Vim Hunter se encogió de hombros.

—Nunca he pensado que tener a alguien que herede mi nombre haya de ser importante en mi vida. Eso es como pretender agarrarse a una inmortalidad absurda, como legarle la propia personalidad al ser que engendramos. ¿Tú te sentías frustrada por no ser madre?

Doris se encogió también de hombros.

—No lo sé. ¿Quién sabe cómo pensaré dentro de diez, quince o veinte años? Quizá tenga frustraciones profundas. ¿Sabes una cosa, Vim?

—Si me la dices...

—Hablemos de otra cosa.

—Magnífico. Cojamos el rollo por donde más nos guste y, vivámoslo a todo tren.

—¿Y por dónde te gusta más el rollo a ti?

—Por tu boca, querida, por tu boca.

Doris aceptó y se entregó al beso que comenzó estando ambos de pie y prosiguió en el sofá, buscando sus respectivos cuerpos posturas más cómodas, más sensualmente anatómicas.

Cuando la comunicación iba a más y más, sin que hicieran falta las palabras, sólo con besos, gemidos, roces, caricias, entonces y antes de que Vim Hunter pudiera tararear el «Séptimo de Caballería», sonó el llamador musical.

—La madre que lo parió...

Doris, con la respiración entrecortada, con algunos grados Fahrenheit de más en sus mejillas, en su garganta y en el rostro de su cuerpo, preguntó:

—¿Quién puede ser?

—No lo sé, pero lo que es yo...

El llamador musical volvió a sonar, ahora con más insistencia. Quien estaba al otro lado de la puerta no parecía dispuesto a marcharse con facilidad.

—Está bien, iré a ver. Como sea un vendedor a domicilio...

Aspiró hondo. Se ajustó la camisa, pues la chaqueta ya no sabía dónde la había dejado, y se acercó a la puerta.

La abrió con la cadenita de seguridad puesta, no quería tener sorpresas desagradables, y miró hacia el exterior.

—Hola, Hunter.

—Foxy...

Le franqueó la entrada. Foxy reparó de inmediato en Doris que, sentada en el sofá, se ajustaba el jersey en el que quedaban bien marcadas las formas de sus pechos.

—¿Estorbo?

—No preguntes idioteces. Tómate un whisky y di qué es lo que traes, porque si no recuerdo mal te pagué una semana por adelantado.

—El whisky que sea doble, por favor.

—De acuerdo, doble.

El propio Hunter le sirvió mientras Doris mantenía los labios cerrados.

Se podía oír aún el chasquear en el aire de la lengua de Foxy tras beberse el doble de whisky de un solo trago cuando el extraño detective, que vestía ahora una larguísima gabardina que le impediría pasar desapercibido allá donde fuera, dijo:

—Hacen falta diez mil dólares.

Vim Hunter se quedó mirando al detective Foxy como si éste se hubiera convertido de pronto en Calígula.

—¿Y por qué no un millón? —consiguió responder sin atragantarse ni apartar su mirada de Foxy.

—Hablo en serio. Tengo un contacto que pide diez mil dólares por la información que puede darnos.

—Me temo que tu contacto vende la información muy cara.

—Eso mismo pienso yo. En esto no cobro ni un centavo de comisión.

—Esta información, ¿se la ha dado a la policía, me refiero al FBI?

—No. Su sistema es no colaborar con la policía. Vende información a los investigadores privados y a la Mafia. El tiene fuentes que le proveen de noticias, unas valen y otras no, es su *modus vivendi*. El no es ningún soplón, pero vende la información.

—Qué bien, hasta rima. Y la información, ¿cuál es?

—Tiene una fotografía de la mujer.

—¿La foto de la mujer que se llevó el millón? Esa foto la hice yo mismo pulsando uno de los tomavistas automáticos del Banco. Por lo visto, el servicio de vigilancia pudo revelarla bien y por orden de míster Thansee fue entregada al FBI, por eso se ha divulgado en los periódicos.

—Eso ya lo sé, pero mi contacto ofrece una fotografía de como es ahora la mujer, porque como es lógico después de divulgarse su fotografía en la prensa se ha transformado como un camaleón.

—¿Sólo la fotografía?

—También habrá una dirección, es una información muy vendible.

—Que se la entreguen al FBI —dijo Doris, interviniendo por primera vez.

—Imposible —rechazó Foxy—. Si lo diera a la policía no ganaría un centavo y en los ambientes del hampa quedaría como un soplón.

—¿Qué opinas, Doris? —inquirió Hunter, encarándose con ella.

—Que tú no tienes por qué pagar una investigación. Está la policía y la propia seguridad del Banco que es el perjudicado.

—Tienes razón, Doris, pero yo no quiero quedar como un empleado despedido por estúpido. Creo que es la única forma que tengo de salvar mi honor profesional. Foxy...

—¿Vas a pagar?

—Sí.

Foxy dibujó una leve sonrisa en su busca de transformista.

El caso seguía adelante porque lo que le ofrecía Kopalsky era una

buena pista, una pista que para sí quisieran los hombres del FBI.

CAPITULO VII

—No me gusta —dijo Kopalsky al ver el cheque.

Vim Hunter fue tan sincero como él.

—A mí tampoco.

—No acostumbro a cobrar con cheques, Foxy lo sabe.

—Y yo no acostumbro a llevar calderilla encima y diez mil dólares es bastante calderilla.

—Kopalsky, debes entender —le pidió Foxy—. Es tarde para ir a un Banco y cambiar ese dinero.

—No me gustan los cheques, siempre son una prueba que te puede llevar a la cárcel.

—Puede cobrarlo mañana —le sugirió Doris que había acudido a la cita con Vim Hunter y Foxy.

—Kopalsky, mi cliente irá al FBI si tú no arreglas este asunto. Te conviene más aceptar el cheque y entregar la foto y la dirección. El coordinador de datos frunció el ceño, poniendo unos reflejos de desafío en su mirada.

—¿Me amenazas, Foxy?

—Yo, no, Kopalsky, pero ¿y tú? —preguntó a Hunter.

—Yo, sí.

—¿Lo ves, Kopalsky? Te conviene hacer el negocio por las buenas. El no tiene que perder como nosotros, no pertenece al mundo del hampa. Hace todo esto por dignidad profesional, ¿no es eso?

—Sí.

—Qué estupidez —gruñó Kopalsky— dignidad profesional. Yo sé que usted es el cajero amenazado, que nada tiene que ver en el asunto, así es que sería mucho mejor dejar a los muchachos del FBI que lleven el caso. Un rapto con extorsión es cosa fea y, además, en este caso, hay algo que huele, mal, muy mal, y terminará con sangre. Ya se lo dije a Foxy. —Suspiró con fuerza, dobló el cheque y como haciendo un favor, dijo—: Lo acepto, pero si mañana al cobrarlo me su- cede algo, ya me entiende, me encuentro con la policía, alguien le busca para darle una paliza que lo mata.

Hunter, tan frío que sorprendió a los mismísimos hampones, preguntó:

—¿Tendría que pagar mucho por eso?

—Mil dólares.

—Pues, francamente, los que dan palizas de muerte no se van a hacer ricos —rezongó Vim Hunter.

—Foxy, tu cliente tiene sentido del humor.

Miró en derredor. Una chica cantaba en la pequeña y redondeada pista del VIP Third y cada cual parecía entretenido en

sus propios asuntos.

Sacó un sobre de color paja, un sobre anodino, y se lo entregó a Vim Hunter.

Hunter no perdió tiempo en abrir el sobre. Había dos fotografías y una dirección en el reverso de una de ellas. Examinó primero la foto de la mujer que él viera en el Banco llevándose el millón.

—Esta no es la fotografía que yo conseguí con la cámara automática.

—No, esta fotografía se la han hecho antes de transformarla y la otra, después. Quien ha hecho el trabajo lo tiene todo bien montado, con objetivos ocultos que intervienen en el momento adecuado.

Había poca luz en el local, pero era suficiente para comparar las fotografías.

—Ha habido un gran cambio, pero no cabe duda de que se trata de la misma mujer.

—Me alegro de que sepa verlo —dijo Kopalsky.

Vim Hunter miró el dorso del retrato y leyó:

—«Nancy»... ¿Qué más?

—Nancy es suficiente, no iba a traer hasta la partida de nacimiento. —Kopalsky se levantó, añadiendo—: Foxy, si necesitas alguna otra vez de mis servicios, ya sabes dónde encontrarme.

Se alejó y Hunter, mostrándole las fotografías a Foxy, le dijo:

—Tu amigo es un cerdo.

—Eso creo yo también —aceptó con indiferencia—. En cuanto a la mujer, ¿qué hacemos? ¿Piensas dar esto al FBI?

—Quiero interrogarla personalmente.

El rostro de Foxy se puso un tanto grave.

—Es mi deber advertirte que pisamos un terreno resbaladizo. A los del FBI no les gustan los intrusistas cuando ellos están metidos en el caso hasta los faroles. Pueden acusarte de complicidad o cuando menos, de ocultación de pruebas.

—No creo que un jurado me condenara llevando a un buen abogado.

—Es posible, pero primero te arrestarían, te encerrarían, exigirían fianza y luego vendría el juicio. Tendrías que pagar a un abogado caro y encima, nunca se está seguro del todo de si se va a salir culpable o inocente.

—Si tratas de asustarme, lo vas a conseguir porque tengo pocos ahorros.

—Vim, te lo estás jugando todo —le dijo Doris que comenzaba a admirar al hombre y a sus decisiones, aunque no se atrevía a

manifestarlo.

—Ya tengo mucho perdido. Ahora, si me juego el dinero y mi vida es por mi futuro y, por supuesto, para atrapar a los hijos de perra que me involucraron en su delito a punta de pistola.

—Entonces, ¿vamos a buscarla? —concretó Foxy.

—Sí.

—Como encontremos a los raptos antes de que lo hagan los del FBI, no nos lo van a perdonar.

—Es algo que me tiene sin cuidado.

—Bueno, pero hay que tener en cuenta que la chica puede estar con los demás del «gang».

—Sí, es lo más probable.

—¿Llevas pistola?

—No.

—Pues sería conveniente para, digamos, utilizarla en legítima defensa.

—Creo que sería peor. Tú llevas, ¿no?

—Sí, claro, tengo mi licencia como investigador privado.

—Pues ya es suficiente.

Foxy dibujó una sonrisa de sarcasmo antes de encender su cigarrillo y luego dijo:

—Yo ya iría encargando las esquelas para que los amigos puedan ir al entierro.

—Bah. no gastaría mucho en esquelas. Después de todo, cuando oficialmente a uno le dan la patada, le quedan ya muy pocos amigos. Doris, te acompañaré a tu casa antes.

—Quiero ir contigo —dijo Doris.

—Es peligroso —advirtió Foxy.

—Me lo imagino, pero el destino me ha traído hasta aquí y quiero seguir adelante.

—¿Crees que habrá tiros? —preguntó Hunter al extraño investigador privado neoyorquino.

—Eso nunca se sabe. Varios de mis compañeros de profesión han creído que iban de paseo y se han encontrado en la Morgue. New York es así. Hoy vives y mañana te incineran porque no hay sitio para que te pudras como en los viejos tiempos.

—Somos tantos que es mejor quemarnos —opinó Vim Hunter—. Además, no hay que tratar de arruinar a las compañías de fertilizantes sintéticos. La verdad es que no estaría mal que nuestras cenizas sirvieran para abonar los árboles de las ciudades, es una medida que los ecologistas aplaudirían, probablemente.

Era de noche y había comenzado a caer una finísima lluvia que en según qué momentos parecía aguanieve. Prometía ser una noche gélida, una noche no apta para patear las calles de Manhattan.

Pasaron por delante del viejo edificio de apartamentos de Brooklyn tras haber dejado atrás Manhattan, atravesando el Hudson River.

—Es ahí —indicó Foxy.

—No se ve nada —observó Vim Hunter.

—Hemos de ir con cuidado para no despertar sospechas —advirtió Foxy.

Hunter, que era quien conducía el automóvil, se estacionó a unos cincuenta pasos del edificio en el que suponían residía Nancy.

Foxy y Hunter se apearon tras pedirle a Doris que no se moviera del automóvil y tampoco se dejara ver, lo cual no era fácil, porque la farola más próxima apenas les iluminaba.

—Si llamamos a la puerta puede recibimos a tiros —advirtió Foxy sin dejar de caminar.

—Siempre podemos decirle que le vamos a vender una enciclopedia o un aspirador último modelo.

—Me temo que eso ya no sirve.

—Entonces, que hemos iniciado una encuesta entre las mujeres más agraciadas de la ciudad, ahí seguro que pica.

Foxy sonrió. Entraron en el portal, nadie les ponía trabas.

Subieron hasta el segundo piso, se enfrentaron a la puerta cuarta y se miraron a los ojos, era un momento crucial. Vim Hunter no dudó en alargar la mano y pulsar el botón de llamada con mucha naturalidad.

Aguardaron; no hubo respuesta a su llamada.

—¿Puede habernos visto por la mirilla?

—No —contestó Foxy.

—¿Por qué no?

—Sentido profesional. Siempre hacen algún ruido tras la puerta, hay ocasiones en que mientras miran hasta se les nota la respiración. No, dentro no hay ni un gato.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Ir a la calle y esperar.

—¿Por qué no damos un vistazo al apartamento? —propuso Hunter.

—Porque eso sería allanamiento de morada en medio de un caso federal.

—¿Miedo?

—Digamos que el frío de la cárcel no gusta a mis huesos.

—No me digas que no tienes una ganzúa para poder entrar y dar un vistazo.

—Por cien dólares, no.

—Comprendo. ¿Y si pago un extra ahora por abrir la puerta?

—No.

Vim Hunter miró en derredor, opinando:

—No me han gustado nunca estos edificios de apartamentos, siempre me han dado la impresión de urinarios públicos.

Foxy admitió:

—Y hasta huelen igual.

—Cuidado, el ascensor acaba de ponerse en marcha —advirtió Hunter. Los dos hombres se pegaron contra la pared para no ser vistos en seguida.

La cabina se detuvo justo en el rellano en que se hallaban. Se abrió la puerta metálica y apareció la cabeza de una mujer, ambos la reconocieron al instante. Ella, al verlos, receló de inmediato y volvió a meterse en el ascensor, cerrando de golpe.

Hunter y Foxy corrieron hacia la puerta para tratar de abrirla antes de que el ascensor se pusiera en marcha de nuevo, pero no lo consiguieron, ella había pulsado uno de los botones y la cabina descendía ya.

—¡Abajo la alcanzaremos! —exclamó Hunter, lanzándose por las escaleras intentando llegar antes que el elevador.

No había llegado abajo cuando se abrió la puerta del ascensor y reapareció Nancy con una pequeña pistola en la mano, una pistola cromada que relucía entre sus dedos.

Sonaron dos detonaciones seguidas y Vim sufrió una mordedura en un brazo, a la altura del hombro, mientras se dejaba caer sobre los peldaños para evitar que uno de los plomos le alcanzara de lleno.

Eran balas pequeñas, pero la distancia era mínima y el efecto podía ser mortal.

Foxy empuñó su pistola por encima de la cabeza de Hunter, mas no llegó a disparar.

—¡Deténgase! —le gritó.

Nancy corría ya por la acera sin abandonar la pistola; iba hacia un coche que parecía aguardarla.

—¡Bronson, Bronson! —gritó la mujer—. ¡Nos han...!

Por la ventanilla del automóvil rojo oscuro apareció el cañón de una Parabellum provista de silenciador. Tres pequeños fogonazos brotaron casi consecutivamente.

Nancy, incrédula aún por lo que acababa de ocurrir, se desplomó mientras en su cuerpo aparecían rosetones rojos que se agrandaban rápidamente.

Hunter llegó junto a Nancy cuando ésta todavía vivía los últimos instantes de su desgraciada vida.

—¿Quién ha sido?

—El... el bastardo se... se llama Bronson —balbuceó apenas sin voz.

—¡Maldita sea! —gruñó Vim Hunter.

Foxy tenía la pistola en la mano. Mientras, unos curiosos se alejaban en vez de acercarse debido al arma que empuñaba el investigador.

—No hubiera conseguido nada disparando contra el coche.

—¡Doris!

El coche en el que aguardaba Doris se puso en marcha, el pie debía estar hundido hasta el fondo en el pedal del acelerador a juzgar por el tremendo ruido que produjo.

Rozó el guardabarros de otro automóvil que se hallaba delante y salió en persecución del asesino fugitivo.

CAPITULO VIII

Lo que menos hubiera podido pensar Doris unos días antes era que se vería al volante de un coche que no era el suyo, persiguiendo a un peligroso asesino y raptor buscado afanosamente por el FBI.

Cuando Bronson se percató de que era seguido, aumentó la velocidad y comenzó a cometer infracciones de tráfico, una tras otra. Se saltó semáforos en rojo.

Se introdujo en una calle de contradirección y subió a la acera para evitar colisionar de frente.

Varios peatones que bajo las luces nocturnas regresaban a sus apartamentos tuvieron que saltar para evitar ser arrollados. Doris, que no quería perderlo de vista, hacía lo mismo que Bronson y la persecución se hizo alucinante.

Doris tenía los reflejos en perfecta forma y sorteaba los obstáculos mejor que el mismísimo Bronson que rodaba a gran velocidad por la noche de New York hasta que al llegar a los muelles hizo un mal viraje y colisionó contra una alambrada, llevándose por delante varios hierros de sostén.

Los neumáticos del coche que Doris conducía chirriaron frenéticamente para evitar el choque contra el vehículo perseguido.

Lo que no había previsto Doris era lo que iba a ocurrir.

Pistola en mano, Bronson saltó del coche y también apareció Loony que viajaba con él. Ambos corrieron hacia Doris y la encañonaron.

—¿Quién eres tú, zorra de mierda?

Doris se quedó mirando muy fijo el cañón de aquella pistola que pocos minutos antes había asesinado a una mujer.

—No me maten —se atrevió a pedir la muchacha.

Loony miró a su jefe y éste abrió la portezuela obligando a Doris a bajar.

—Sal y ponte atrás conmigo. Si haces una estupidez más, te mato y te arrojo al río.

Bronson hizo retroceder el coche. Luego, ya con el campo libre, se alejaron con él, dejando abandonado el que había chocado.

—¿Estoy raptada? —preguntó de súbito Doris que se veía encañonada por el arma que ahora empuñaba Loony después de ser cacheada para comprobar si llevaba algún arma encima.

Bronson, moderando ahora la conducción después de comprobar que no eran seguidos, se echó a reír con una voz ronca.

—No creerás que te llevamos de paseo, ¿verdad, encanto?

—Sería mejor que me dejaran marchar. Yo sólo era una curiosa, sí, eso, una curiosa.

—¿Has oído, Loony? Era una curiosa que se ha jugado la vida por no perdemos de vista.

—¿Será una agente del FBI?

—No, no soy policía.

—Eso ya lo comprobaremos nosotros.

—He visto como caía una mujer y...

—Vaya, se ha puesto a hacer de heroína en la noche. ¿Y los dos tipos que han salido de la escalera?

—¿Qué tipos?

—Se hace la tonta, jefe.

—Eso se le pasará esta misma noche.

—¿Le tapo la cabeza, jefe?

—No, no hace falta, para lo que ha de vivir.

El espinazo de Doris fue recorrido por un escalofrío que le resultó hasta doloroso. Nunca antes había sentido tanto miedo. En aquel momento, comprendía que su impulso de perseguir al asesino la había abocado a un problema que podía terminar en la Morgue y no le hacía ninguna gracia pensar que iba a convertirse en material de estudio para los ojos y las manos de los médicos forenses que hundirían el escalpelo en su cuerpo pletórico de juventud, una juventud que si moría habría durado poco, tristemente poco.

CAPITULO IX

El inspector Rasell y el teniente Follower se hallaban en el despacho del primero y frente a Vim Hunter y a Foxy que estaban sentados en sendas sillas.

Foxy tragaba saliva despacio, casi con dificultad, como si de pronto tuviera amigdalitis crónica.

Por contra, Vim Hunter se mostraba más tranquilo; era como si estuviera en aquel despacho en espíritu y al margen de lo que estaba sucediendo, pero el inspector Rasell, con rabia contenida, quiso fijarle en una realidad física, una realidad molesta.

—¿Qué hacía usted en ese edificio de apartamentos?

—Quería ayudar a la ley.

Lo mismo el hombre del FBI que el teniente de detectives le miraron con ojos muy abiertos al principio y después con gesto amenazador.

Fue el teniente Follower quien le puntualizó:

—Lo que ha hecho es obstrucción a la justicia y eso está penado. Puede pasarse algún tiempo en la cárcel.

—Ustedes son la ley, no la justicia. Eso tendría que decidirlo un jurado porque es evidente que yo creo ser inocente.

—Inspector Rasell —interpeló el teniente Follower—, ¿se ha encontrado antes con un tipo igual a éste?

—No es que haya muchos, pero de vez en cuando aparece uno como surgido de las profundidades abisales y son de temer porque nos hacen sentirnos como idiotas.

Foxy carraspeó con mucho tacto. Creyó llegada la hora de decir algo o lo que era lo mismo, dejar constancia de que existía.

—El señor Hunter, que es mi cliente, tenía sospechas de quién podía ser la fulana esa y quisimos colaborar con la ley.

—Nosotros no hemos pedido su colaboración —cortó el inspector federal Rasell con actitud tajante.

Vim Hunter no estaba dispuesto a achicarse y sintiéndose libre de cadenas dijo con naturalidad:

—Si llego a identificar a la mujer, les habría llamado de inmediato.

—¿Lo ha oído, teniente Follower?

—Sí, he oído.

—Nos hubiera llamado, sólo que no dio tiempo a nada y esa mujer que hubiese sido preciosa para conducirnos al resto de la banda, tuvo que recibir dos balazos y ha quedado muda para siempre.

—Lo malo es Doris —gruñó Vim Hunter.

—¿Por qué estaba allí la tal Doris?

A la pregunta del federal, Vim Hunter respondió:

—Porque la llevaba en mi coche y como esperaba con las llaves en el contacto, se comportó como una buena ciudadana y salió en persecución del asesino.

—Pero no ha dado señales de vida.

—Puede que la maten a ella por su culpa, Hunter —acusó el teniente Follower.

—No pueden imaginar lo que lamentaría que le ocurriese el más mínimo percance, pero lo que ya no aguanto más es que me culpabilicen de todo.

En aquel instante, sonó el teléfono que había sobre la mesa. El inspector Rasell lo tomó.

—Al habla el inspector federal Rasell.

Aguardó a que le hablaran y luego dijo:

—Un momento... —Se volvió hacia el teniente Follower—. Es para usted.

—Sí, aquí el teniente de detectives Follower —dijo el propio teniente, nada-más tuvo el teléfono en su mano.

Cuando colgó el auricular, explicó:

—Han encontrado el coche del asesino.

—Magnífico —aprobó el inspector Rasell—, que no lo toquen.

—Los del laboratorio ya están en camino para sacar huellas digitales.

El inspector Rasell preguntó:

—¿Había algo especial en el coche?

—Aparte de que está un tanto destrozado, nada, por ahora, pero corresponde al coche fugitivo.

—¿Nada de Doris? —preguntó Vim Hunter, interesado.

—No, parece ser que se la ha tragado la tierra, pero los patrulleros estén buscando el coche. Tenemos el modelo, su color y las placas. Si no lo meten en un garaje no tardará en ser descubierto.

—Espero que sus palabras resulten proféticas.

—No me diga que se va a cabrear si no encuentra a esa tal Doris en seguida.

—Oiga, teniente, espero que hable con más respeto de Doris.

—Pero, ¿qué se ha creído? —se encrespó Follower.

—Cuidado si va a ponerme la mano encima, teniente —le dijo Vim cortante—. Lo que usted viste, lo que usted come, su apartamento, todo lo pagamos los contribuyentes y yo soy uno de ellos. Si tiene algo contra mí, dígalos y haré venir a mi abogado.

—Usted parece muy seguro de sí mismo, ¿verdad?

—Así es, inspector. No me van a asustar diciéndome que me encerrarán en el cuarto de los ratones.

—Podemos hacerlo —silabeó el inspector federal, entre sarcástico e irónico—. Para mí, usted es sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Ya se lo puede imaginar. Tenía que habernos hablado la noche anterior de la extorsión al Banco y habríamos evitado un rapto.

—No hay delito hasta que se ha cometido.

—Sí, pero esos tipos, según usted, invadieron su apartamento. Eso es un delito.

—Un delito si yo lo denuncio; si no presento cargos, no lo es. Digamos que fue una visita desagradable. En cuanto a la mujer muerta, ya les dije que podía identificar los billetes que fueron entregados en el Banco a los raptos.

—¿Cómo puede identificarlos?

—Es muy fácil, pero convendría que no se revelase el secreto antes de que estuvieran aprehendidos todos los culpables.

El teniente Follower y el inspector federal Rasell intercambiaron una mirada y luego se encararon con el investigador Foxy.

—Puedes largarte, pero en este caso ya has terminado. ¿Entendido?

—Inspector, mi cliente es él —señaló a Vim Hunter.

—¿Verdad que Foxy ha dejado de investigar para usted, Hunter?

Captó el retintín de las palabras del hombre del FBI y luego respondió:

—Sí, por ahora sí.

—O.K. —asintió Foxy levantándose despacio—. Si quiere buscarme para alguna otra cosa, ya sabe dónde encontrarme.

Hunter le dejó ir pese a que le había pagado varios días de anticipo.

Cuando Foxy se hubo marchado, los dos hombres de la ley se enfrentaron a Hunter. Ambos colaboraban en el caso del rapto del millón como lo habían dado en llamar, aunque quien oficialmente llevaba el asunto era el FBI.

—Ahora ya nos puede revelar el secreto. Precisamente hemos encontrado billetes usados en el apartamento de la mujer asesinada, estaban escondidos.

—Traigan uno de esos billetes o mejor dos y una plancha de tipo doméstico.

—¿Bromea? —preguntó el hombre del FBI.

—Oh, no, es muy sencillo. Compré un frasco de tinta invisible en un comercio de artículos para bromas y me dediqué a hacer un aspa o mejor una equis en todos y cada uno de los billetes. Como es tinta invisible no se ve, pero pasándole el calor de una plancha, ya entienden.

—Infantil, pero efectivo —reconoció el hombre del FBI.

—Sí, es un truco de escuela para escribir cartas —admitió el teniente Follower.

—Pensé que sería más efectivo este sistema que anotar la numeración de todos los billetes usados.

Con cierta suficiencia, el federal indicó:

—Para marcar billetes o cualquier otra cosa hay sistemas más sofisticados.

—Lo creo, pero no estaban a mi alcance. Sé que pueden marcar la chaqueta de un hombre sin que nadie lo note y seguirlo con gafas especiales, no hay forma de que se les escape.

—Exacto —admitió el federal—, pero no me quejo de su sistema de marcar los billetes con tinta invisible. Ahora mismo vamos a comprobarlo.

—¿No estoy detenido?

—No, por ahora no. Síguenos.

Consiguieron una miniplancha que una agente tenía en su taquilla. Tomaron un billete de los confiscados en la casa de Nancy, lo plancharon con mucho cuidado y apareció la equis burda y grande cruzando casi todo el billete.

—Magnífico. Tenía usted razón, Hunter, con esto probamos que la muerta era exactamente la mujer que se llevó el millón del Banco. Magda, la muchacha raptada, tendrá que ir a reconocerla a la Morgue, será un duro trago para ella.

—¿Se dan cuenta de cómo sí colaboro con la ley?

—Sigue siendo sospechoso.

—¿Después de esta prueba?

El inspector federal quiso puntualizar:

—Podría tratarse de una coartada para pasar por hombre bueno. Se me ocurre una bonita jugada.

—¿Ah, sí, cuál?

—Los dólares que se podían quedar los demás compinches...

—¿Insinúa que soy un miembro de la banda?

—No, no he dicho eso, hablo en hipótesis. Usted seleccionó los billetes en el Banco, marcó los que se iban a quedar los otros, siempre hablando en hipótesis, y los suyos se quedaron sin marcar. Habría sido genial, ¿no cree?

—Lo que creo es que ha dicho una idiotez.

—¡Oiga, soy un inspector federal!

—Y yo un empleado de banca en paro.

—Ejem, ejem, tiene usted mucho orgullo.

—¿Ahora se llama orgullo a no dejar que te aplasten las narices o que los demás se crean superiores a ti?

—Bien, bien, no discutamos. Lo que importa ahora es que tenemos a la mujer en la Morgue y unos billetes recuperados con la prueba

inequívoca de que son los entregados por el Banco.

—Carnaza para los muchachos de la Prensa —observó el teniente Follower.

—Sí, no podrán decir que no trabajamos.

—Pueden pedir que en los titulares pongan «Gran éxito del FBI y la policía Metropolitana trabajando en colaboración. Han recogido un cadáver en la calle, les han dicho quién es y encima han conseguido identificar los billetes del chantaje gracias a un truco infantil de tinta invisible, llevado a cabo por el principal sospechoso». Quedaría muy bien.

—No sea tan sarcástico, a veces hacemos cosas difíciles como pasarnos una noche en medio del hielo esperando que un sospechoso salga por un portal y el muy cabrito se queda en la cama jodiéndose a su fulana y nosotros ¡hale! a pasar frío y eso no nos lo agradece nadie y menos en la Prensa —le dijo el teniente Follower.

—Espero que no se les ocurra decir nada a la Prensa sobre la cruz con tinta invisible en los billetes.

—Por favor, lecciones no. Imagino que leerá novelas policíacas y se siente investigador, eso suele ocurrir mucho y los tipos como usted nos provocan bastantes dolores de cabeza.

—Confío que me tendrán al corriente de lo ocurrido a Doris, para mí es muy importante.

—La buscaremos, pero... —Le contuvo; hizo una pausa para buscar un cigarrillo y prosiguió con un tono con el que parecía desear castigar a Vim Hunter por su intrusismo—: o más fácil es que algún patrullero la encuentre y la lleve a la Morgue.

—Si la matan, si le hacen algún daño...

—No siga, Hunter, no siga. Si piensa tomarse la justicia por su mano, es un delito.

—Sí, ya lo sé, no voy a olvidarlo, pero Doris me importa mucho, espero que lo comprendan. No sé por qué, pero en este asunto me han involucrado desde el principio y yo sólo recibo disgustos. Si a Doris le sucede algo, alguien lo pagará caro aunque tenga que pasarme en la cárcel el resto de mi vida.

CAPITULO X

A Doris la amordazaron antes de introducirla en un almacén de compraventa de muebles de oficina usados.

Olía a humedad, a sudor, a viejo. El lugar era desagradable. Las sillas estaban sobre las mesas y las lámparas colgaban de los lugares más inverosímiles.

Podían verse archivos metálicos colocados de revés. Era como sumergirse en una pesadilla extraña donde nada era correcto.

La introdujeron en una habitación sin ventanas. Sólo tenía un orificio en el techo de no más de diez pulgadas de diámetro y que podía haber sido utilizado años antes para una estufa panzuda. Ahora, aquel agujero servía de respiradero y lo que la muchacha ignoraba era la altura que debía tener aquel tubo que nacía en el techo.

—Siéntate.

Loony fue poco amable. Empujó a Doris contra una pesada butaca de madera con base de cuatro patas macizas terminadas en ruedas y con un eje roscado que la convertía en giratoria.

—Atala bien —fue la orden de Bronson.

—Ya me encargaré de eso.

Loony le ató manos y brazos al sillón giratorio. Doris hubiera deseado decir que prefería que no la atasen, que no diría nada. Sentirse atada le producía mucho nerviosismo.

Intentó gritar y por su boca amordazada sólo escapó un oscuro ronquido.

—Cállate, zorra.

Loony la golpeó sin miramientos.

—Déjala, ya la usarás luego.

—¿Usarla?

Bronson se rió de una forma que aún escalofrió más a Doris que no podía hacer nada por salir de la situación en que se hallaba.

—Sí, hombre, sí, no vas a matarla sin haberte aprovechado de ella antes, ¿verdad? Es una fulana magnífica.

—Eso es cierto —aprobó Loony—. Está muy buena.

—Oye, encanto —le dijo Bronson acercándosele y cogiéndola por la barbilla—. ¿Con cuántos tíos te has acostado?

Doris ansió escupirle a la cara, pero estaba incapacitada para hacerlo. Sin embargo, había algo que Loony no había hecho, algo tan sencillo como sujetarle las piernas y aprovechó para darle un puntapié.

Le acertó en la tibia y Bronson acusó la patada con un respingo. Doris hubiera deseado darle en otra parte, pero la distancia a la que el hombre se hallaba y su postura, se lo había impedido.

—¡Estúpida!

Doris tuvo que encajar el revés más duro y doloroso de su vida, pero no se arrepintió de haberle dado la patada a Bronson.

—Es una gatita salvaje.

—Sí, pero no habrá tiempo para domesticarla.

—Ya pelearé yo con ella. Con dejarle las manos atadas será suficiente, será divertido verla patear.

Sonó el timbre del teléfono. Estaba dentro del almacén, pero lejos de la estancia en que se encontraban.

—Llaman.

—Ya lo oigo, idiota —replicó Bronson.

—¿Vas tú?

—Sí, será él.

Bronson se alejó dando un portazo y dejando solos a Doris y a Loony.

La mujer tuvo miedo. Aquel tipo tenía medio cara de subnormal y a todas luces era un indeseable como el otro, el que parecía ser su jefe.

—Eres preciosa.

La cogió por los cabellos obligándola a mantener su rostro cerca de él, tanto que el aliento del hombre le produjo náuseas.

—Amordazada no se te puede besar. Te voy a quitar el pañuelo, pero te estarás calladita y serás obediente, muy obediente o será peor para ti. ¿Verdad que serás buena?

Ante aquella petición. Doris asintió con un movimiento de cabeza y Loony le quitó el *foulard* que la ahogaba.

—Eres preciosa. Ahora te voy a besar y serás muy sumisa conmigo.

Loony puso sus labios sobre los femeninos y se llevó un mordisco que casi le arrancó el labio inferior.

Mientras el hombre daba un grito de dolor, saltando hacia atrás, ella comenzó a chillar todo lo que le permitían sus pulmones y sus cuerdas vocales.

—¡Maldita bruja! —rugió Loony echándosele encima y golpeándole la cara, pero la joven seguía chillando como si tuviera una sirena electroautomática dentro del cuerpo.

Loony le asestó entonces un puñetazo en la boca del estómago. Desgraciadamente, Doris no estaba preparada para encajar aquel tipo de golpes y calló bruscamente, encorvándose hacia adelante con un dolor que no había llegado a imaginar que tendría que aguantar nunca. Loony aprovechó para amordazarla de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —gruñó Bronson, apareciendo.

—La perra esta me ha mordido —dijo, señalando su boca ensangrentada.

—Te está bien, por idiota.

—Tú has dicho que podría gozarla.

—Pero no ahora, estúpido. Su grito se ha oído hasta por el teléfono.

—Es que tiene un chillido que podrían llevarla como sirena en un patrullero.

—Tendrás tiempo de gozarla antes de acabar con ella.

—Maldita, esto me lo pagará caro.

A Loony se le hinchaba el labio de forma increíble, pero Doris no reparaba en ello. Estaba asustada. Sabía que no podía escapar y que nadie la iba a encontrar en aquel siniestro lugar donde se amontonaban los muebles viejos de oficina.

Su futuro iba a ser tan breve como desagradable y humillante. Siempre había temido ser raptada y violada a la fuerza y ahora había llegado el terrible momento.

Por si faltara poco, sabía que el final sería la muerte, inevitablemente. Unos hombres que asesinaban a sangre fría a su propia compañera tenían que carecer de piedad.

Loony, tocándose el labio herido, preguntó:

—¿Era él?

—Sí, habrá oído el grito por teléfono.

—¿Va a venir?

—Sí.

—¿Sabe lo de Nancy?

—Yo no se lo he contado, pero la noticia se sabrá pronto en toda la ciudad. Esto hay que terminarlo de una condenada vez y a emigrar como los pajaritos. La policía nos está pisando los talones, hay que esfumarse.

—¿Y si ésta habla?

Bronson miró a Doris y luego se encogió de hombros.

—Sí, puede que nos diga algo interesante.

—Yo la haré hablar.

—No corre prisa, de un momento a otro llegará él.

Doris miraba a ambos, interrogándose a sí misma sobre quién podía ser «él».

—¿Le darás todo el dinero?

—Negociaremos. El asunto no ha sido nada fácil, ya hay dos muertos.

—Y los dos los has matado tú —le recordó Loony.

—Cuando hay un obstáculo, lo elimino, y si el obstáculo tiene piernas y cabeza, lo mejor son dos balas. Nancy debía haberse cuidado más. A través de ella nos podían descubrir y no quiero pasarme el resto de la vida en la cárcel.

—Pero tú te habías acostado mucho con Nancy.

—Bah, era una zorra más.

—Eres el tipo más frío y duro que he conocido.

—Loony, te llevo más de diez años. Si quieres llegar a mi edad y que te canten el *happy birthday* mientras estás rodeado de apetitosas fulanas, debes ser duro y cauto a la vez.

—¿Serías capaz de matarme a mí también?

—Loony, tú y yo todavía podemos hacer grandes cosas. Obedéceme siempre y no dejes que la policía te ponga las manos encima.

—Pero ¿me matarías? —insistió.

—A ti y a cualquier otro. Sólo tendría piedad con una persona.

—¿Ah, sí, con quién?

—Conmigo, idiota, conmigo mismo.

Se oyeron unos claxonazos que parecían hechos en clave y los dos hombres miraron hacia la puerta.

—Ya está ahí —dijo Bronson.

—Quién fuera él...

—¿Por qué? —preguntó Bronson sin mirarle.

—Porque se va a llevar medio millón sin haber arriesgado la «jeta».

—Que no se las prometa tan felices. Ahora negociaremos; a esa clase de tipos yo sé cómo hay que apretarles las clavijas.

—¿Voy contigo?

—Sí, acompáñame.

—¿Y ella? —Loony señaló a Doris.

—Está bien atada, ¿no?

—Sí.

—¿Y amordazada?

—Sí.

—Pues, se la puede dejar sola. Total, serán unos minutos.

Los dos hombres se alejaron, cerrando la puerta.

Cuando Doris se quedó sola, comenzó a forcejear con las ligaduras, pero lo único que consiguió fue lastimarse. Notó que se hería la piel y casi sin poder respirar, abandonó. No podía hacer nada por escapar, Loony se había encargado de sujetarla bien.

Pasaron unos minutos. Escuchó voces fuertes, voces que le llegaban de lejos, pero que se propagaban bien en aquel almacén lleno de muebles de oficina viejos donde nada funcionaba.

No había ningún motor en marcha, ninguna máquina de escribir tecleando, ningún fluorescente produciendo ruido.

De súbito, sonaron varios disparos y Doris se quedó quieta, muy quieta, como si cada uno de los disparos penetraran en su cuerpo hiriéndola profundamente.

Cesaron los disparos y más tarde oyó el ruido de un coche al

ponerse en marcha. Después, un profundo silencio.
«¿Qué ha pasado, Dios mío, qué ha pasado? se preguntó.

CAPITULO XI

Tuvo la impresión de que otro coche se había puesto en marcha. Luego, un silencio terrible y opresivo la rodeó.

«Tengo que hacer algo, tengo que hacer algo», se repitió mentalmente.

Doris se inclinó hacia adelante y consiguió pegar sus pies al suelo. Alzó la pesada silla giratoria y comenzó a avanzar muy inclinada hacia adelante. No era fácil, estuvo a punto de caer en dos ocasiones.

Al fin, llegó hasta la puerta que estaba cerrada, pero con la mejilla movió la maneta. Tras varios intentos, dominando la maneta con el rostro, logró abrirla unas pulgadas.

Se echó hacia atrás respirando hondo, muy cansada, y se quedó sentada mirando la puerta ligeramente entreabierta.

No se oía nada.

«El teléfono, hay un teléfono», se dijo.

Alargó la punta del pie y abrió el resto de la puerta.

Vio el almacén repleto de muebles viejos de oficina y una especie de corredor en medio de los enseres que podían considerarse chatarra.

Tropezó con una pata mal colocada y cayó, quedando como atrapada por la pesada silla de ruedas y otros muebles allí amontonados.

Gimió detrás de la mordaza. Entonces, un saliente metálico le quedó justo al lado del rostro y aprovechó para empezar a quitarse la mordaza, teniendo cuidado de no herirse.

Tras forcejear, consiguió bajar la mordaza de la boca al cuello y entonces respiró con amplitud.

No pudo librarse de las ligaduras de los brazos y viendo que el silencio que la envolvía era completo, siguió avanzando con la silla de ruedas, ayudándose con el impulso que conseguía con las puntas de los pies.

Con aquel extraño medio de locomoción que era la pesada silla de ruedas, arribó a dos peldaños que no vio hasta que estuvo sobre ellos. Ya no pudo parar, cayendo al suelo con la impresión de haberse desconyuntado los hombros.

Cuando los dolores cesaron, miró en derredor tratando de descubrir algo. Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con las pupilas abiertas y vidriosas de Loony que yacía en el suelo, casi debajo de una mesa en medio de un chorro de sangre.

Tras unos instantes de desconcierto, comenzó a chillar, chilló hasta que sus cuerdas vocales enronquecieron.

Luchó por volver a colocar la silla de ruedas en la posición

adecuada y entonces descubrió un reguero de sangre en el suelo, un reguero que se iba hacia la puerta. En el suelo había unos billetes.

Cuando descubrió el teléfono sobre la mesa, tuvo la impresión de que el futuro se abría ante ella. Con la silla de ruedas se acercó al máximo a la mesa sobre la que había otros útiles, entre ellos un bolígrafo que Doris luchó por atrapar entre sus dientes.

Cuando lo consiguió, movió el teléfono con la cabeza hasta acercárselo y descolgar el auricular. Inclinando la cabeza pudo oír el pitido que indicaba que tenía línea.

Con el bolígrafo sostenido entre los dientes, comenzó a marcar haciendo un gran esfuerzo físico y mental para recordar el número.

—Sí, ¿quién llama?

—¡Vim, Vim!

—¡Doris!

—Vim, por favor, ayúdame.

—¿Ayudarte, cómo, dónde estás?

—No lo sé, Vim, no lo sé.

—Un momento... ¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¿Sola?

—No, no.

—¿Quién está contigo?

—Un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Sí, el cadáver de un indeseable llamado Loony.

—¿Loony? Ya me imagino quién es.

—¿Lo conocías?

—Con capucha puesta, creo que sí.

—Vim, sácame de aquí.

—¿Cómo, si no me dices dónde estás?

—Es que no sé adónde me han traído. Es un almacén de muebles de oficina viejos.

—¿Y no puedes salir?

—Estoy atada a una silla de ruedas. Hablo con la cara pegada a la mesa porque no puedo sostener el auricular del teléfono.

—¿Corres algún peligro inmediato?

—No lo sé, Vim, no lo sé.

—¿Estás herida?

—Creo que no. Golpes, sólo golpes.

—¿No hay nadie más?

—Me parece que no.

—Vas a hacer una cosa, Doris, escúchame bien.

—Sí, te escucho.
—¿Hay un número en el teléfono?
—Un momento... —Levantó la cabeza y miró—. Sí, sí, hay uno.
—Dímelo despacio. ¿Comprendido?

* * *

Varios automóviles que no llevaban distintivos especiales ocuparon las posibles salidas del almacén que tenía tres pisos. Vim Hunter salió del coche del FBI en compañía del mismísimo inspector Rasell. Otros agentes federales controlaron puertas y ventanas.

—Usted quédese aquí.
—Ni hablar —replicó Vim Hunter.
—Es una orden.
—No estoy en el ejército ni en... —Echó a correr.
—¡Deténgase, pueden matarlo!

Dos agentes federales intentaron detenerle, pero Hunter, corriendo con largas zancadas, se internó en la casa.

—¡Doris!

—¡Vim, Vim, estoy aquí!

Corrió entre montañas de muebles de oficina viejos y sucios hasta que la encontró. Tras él iba el inspector Rasell jadeante, escoltado por dos agentes armados.

—Tranquilos, todo está controlado.

—Vim, Vim, he pasado mucho miedo.

—Ya estás libre. Dios, te han golpeado —exclamó al verle la cara.

—No tiene importancia.

—No toquen nada —exigió el agente federal—. Hay que sacar huellas y el rastro de sangre, que no sea pisado.

Uno de los agentes señaló:

—Aquí hay billetes.

—Recójalos con pinzas —ordenó tajante—. Hay que llevarlos a observación, pueden decirnos muchas cosas y usted, señorita, tendrá que acompañarnos al gabinete de identificación porque los habrá visto bien.

—Sólo he visto a otro, además del que está muerto.

—¿Sólo a otro? —insistió el inspector Rasell.

—Sí, al que este hombre muerto llamaba jefe.

—¿Uno más bien bajo, de cuello corto y fornido?

A la pregunta de Vim Hunter, Doris respondió afirmativamente.

—Sí, así era, con voz ronca.

—Es el tipo de la Parabellum.

—¿Podrá reconocerlo? —preguntó el inspector Rasell.

—Sí, seguro.

—¿Cree que se han matado entre sí? —preguntó el inspector Rasell, muy interesado.

—Esperaban a otro hombre, un hombre que había llamado antes por teléfono.

—¿Puede darnos algún dato de ese otro personaje?

—No, sólo sé que tenía que venir y quedarse con mucho dinero, la mitad, creo.

—¿Tanto? —inquirió Hunter.

—Sí, mucho dinero.

Hunter y el inspector Rasell se miraron entre sí, interrogantes.

—Es difícil saber quién es, muy difícil. Veremos de encontrar pistas en este lugar, es posible que haya dejado sus huellas dactilares.

—Yo no lo he visto; he oído voces y luego disparos, pero no lo he visto.

—¿Y puede haber alguien más? —preguntó el inspector del FBI.

—La mujer asesinada.

—Esa ya la conocemos.

—Hablaron de otro hombre muerto.

—¿Otro muerto? —preguntó el inspector Rasell.

—Eso haría el terceto encapuchado que estuvo en mi apartamento, tres hombres y una mujer que luego se presentó en el Banco a llevarse el millón.

—Sí, encaja —admitió el inspector federal—, pero...

—Sí, está el hombre en las sombras que se lleva la tajada del león, la dentellada del tiburón.

—Lo importante es que hayas escapado con vida, Doris, aunque me siento culpable por lo que te ha sucedido, del mal rato que has pasado y de los golpes que has recibido.

—No es tu culpa, Vim. Yo salí en su persecución sin que tú me lo pidieras, la decisión de correr el riesgo fue mía.

—Bueno, bueno, los arrumacos para luego. Ahora, señorita, tendrá que hacer una declaración por escrito sobre lo sucedido.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, mientras mis hombres inspeccionan todo esto y el juez viene a por el cadáver.

CAPITULO XII

La secretaria Clare sonrió casi con complicidad a Vim Hunter cuando éste llegó frente a su mesa escritorio.

—¿Cómo está hoy el tiburón?

—Con los dientes muy afilados, como siempre.

—Claro, si no no sería el director-gerente del Fergus West Bank.

Aguardaron a que se encendiera el piloto intermitente verde. Clare abrió la puerta y Vim Hunter se introdujo en el *sancta sanctorum* del Banco.

Allí estaba el cerebro principal, míster Thansee, quien le dijo:

—Pase y siéntese.

—Si me ha de dar el cese, no hace falta que se moleste tanto.

—¿Cese? ¿Quién ha hablado de cese?

—Usted me habló de cese si no presentaba mi dimisión.

—Quería decirle que ayer tuvimos junta extraordinaria del consejo superior de administración.

—Comprendo.

—La presidió el mismísimo Fergus.

—Sigo comprendiendo.

—El consejo decidió —carraspeó ligeramente, evitando mirar a Hunter a la cara— que podía usted seguir en su empleo.

—Ah, muy bien. Es lo lógico, ¿no?

—Sí, es lo lógico si tenemos en cuenta los últimos informes que nos ha facilitado el FBI.

—¿Y qué les han dicho?

—Que es preferible que usted se halle ocupado.

—Me gusta su franqueza.

—Por lo visto se ha puesto a jugar a investigador privado y por donde quiera que pasa encuentran cadáveres.

—¿Es una queja del FBI?

—Si el FBI se queja de usted, pregúnteselo a ellos. A partir de mañana habrán terminado sus, digamos, vacaciones.

—Pagadas, naturalmente.

—Sí, claro, pagadas.

—¿Y no les han dicho los del FBI que he estado colaborando con ellos y que gracias a que he pagado más de diez mil dólares a un investigador privado se ha podido encontrar la mujer que se llevó el millón.

—Nadie le pidió que gastara su dinero. En cuanto a la pista, admitimos que es la acertada. Los del FBI dicen que los billetes son los robados, aunque a mí me cuesta aceptarlo, ya que entregó usted billetes usados.

—Así es, pero los del FBI son muy listos y tendrán sus sistemas

para identificarlos, digo yo —replicó ladinamente.

—Eso es dar falsas esperanzas, pero sí es importante que estén en el asunto y tengan a dos miembros de la banda muertos.

—Sí, parece que hay un tercero muerto y un cuarto herido.

—¿Herido?

—Si, he hablado esta mañana con el inspector Rasell y me ha contado que la sangre, me refiero al rastro aparte del charco que había dejado el muerto bajo su cuerpo, pertenece a otro ser humano, de lo que cabe deducir que uno está herido. No sabemos quién es, si el jefe máximo o el jefe de los hampones.

—Habla usted como si lo supiera todo de ese mundillo.

—Hablo por lo que he podido ver y oír, míster Thansee, pero si uno está herido, es posible que caiga. Ah, el muerto del almacén fue asesinado con una Magnum de pequeño calibre.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que el asesino es quien tenía que llevarse la parte del león, porque el hombre que mató a Nancy, la mujer de la banda, usaba una Parabellum.

—¿Es usted aficionado a las novelas policíacas?

—No lo era mucho, pero creo que a partir de ahora me van a gustar.

—Pues a mí no me hable de ello, no quiero ver gángsters y asesinos por todas partes. El FBI es el encargado de resolver este caso y por lo que veo, lo está llevando bien. Espero que al final termine por recuperar el dinero y encerrar a los que queden vivos de esa banda de gánsters.

—Oh, sí, el FBI lo hace muy bien, llegan siempre a tiempo de recoger los cadáveres.

—¿Es una ironía?

—Los cajeros de banca hemos de ser fríos, pragmáticos, cartesianos y asépticos en cuanto a la codicia.

—Así es.

—Entonces, no queda lugar para la ironía.

—Naturalmente que no y menos cuando el dinero que se pierde no es el suyo sino el del Banco para el cual trabaja.

—Pienso lo mismo que usted, míster Thansee, no es lo mismo.

El director-gerente esta vez sí clavó sus ojos en Vim Hunter y terminó diciéndole:

—Le considero a usted un hombre peligroso.

—¿Sigue pensando que soy de la banda?

—Esa opinión prefiero reservármela, será la ley y la justicia quienes al final decidan, pero usted, usted es un hombre al que hay que despedir o dejar que escale puestos.

—¿Quiere decir con eso que no soy vulgar?

—Exactamente, usted no es vulgar. Por su hoja de servicios sé que su honestidad profesional es intachable y en su puesto de cajero jefe esa honorabilidad es primordial, pero tiene usted demasiadas ideas propias.

—Será porque no me han parido en un laboratorio de informática electrónica.

—Sí, será por eso, pero los hombres que tienen su lengua, su forma de hablar, corren mucho riesgo de quedarse sin empleo. Ahora ya puede marcharse.

Salió del santuario y Clare le dio un beso en las mejillas.

Vim Hunter sonrió sin hacer comentarios. Se preguntó si ella escuchaba a través del dictáfono o de cualquier otro artilugio electrónico todo lo que se hablaba en el despacho de míster Thansee. No quiso preguntarlo, pero resolvió tenerlo en cuenta en el futuro.

Cuando llegó a su propio despacho desde el cual podía observar el patio de clientes del Banco a través del falso espejo, se encontró allí a Glower, el cajero que interinamente ocupaba su puesto y al director adjunto míster Percival Sanders que le recibió sonriente, tendiéndole la mano.

—Me alegro por usted.

—¿Ya sabe que vuelvo a ocupar mi puesto?

—Sí, lo sé y también sé que gracias a usted se está desarticulando esa banda de gángsters que raptó a Magda, aunque lo que pretendían era raptar a mi hija y no a su amiga.

—Cuando los gángsters dejaron libre a la otra chica, aún ignoraban que se habían equivocado de presa.

—Sí, fue una suerte para mí, porque reconozco que aunque me hubieran pedido dos millones, los habría pagado.

—¿Usted o el Banco?

—Vamos, vamos, Hunter, lo que yo dé, el consejo superior del Banco lo aprueba. Ahora tengo que regresar a mi despacho. Glower le pondrá al corriente de los últimos asuntos, este Glower vale mucho.

—Gracias, míster Sanders —dijo, halagado, el ayudante de Vim Hunter que había ocupado su puesto en su ausencia.

—Con Glower en este despacho no se ha notado su ausencia, Hunter. No olvide nunca la frase de que los cementerios están llenos de gente imprescindible.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Glower miró a su jefe inmediato que era el mismísimo Hunter y le dijo:

—No vaya a creer lo que ha dicho míster Sanders, usted es imprescindible aquí. No me ha sido difícil llevar los asuntos en su ausencia porque usted lo tiene todo muy ordenado y bien claro.

—Magnífico, Glower, pero míster Sanders tiene razón en eso de que los cementerios están llenos de gente imprescindible y si no, compruébelo en su propio puesto; verá que quien le ha reemplazado lo ha hecho como usted o mejor.

Glower carraspeó, sonrió y al fin admitió:

—Seguro, seguro que sí. Ah, y felicidades.

—¿Por qué, es mi cumpleaños?

—Bueno, dicen que ha estado persiguiendo a los raptos y, la verdad, después de que corriera la voz de que era un cobarde...

—Lógico, Glower, lógico. Es más fácil hablar mal del que está ausente y bien del que está presente.

CAPITULO XIII

Cuando Vim Hunter arribó a la casa de Doris, una casa construida en piedra natural y madera, con unos parterres de césped cuidadísimos, fue recibido en el porche por los padres de la muchacha que le miraban con cierta mala cara.

Hunter se congratuló de ello, siempre se había dicho que si en una casa burguesa del tipo medio americano era muy bien recibido por los padres de una chica casadera, iba a sentirse como ratón en la ratonera.

Un pedazo de tarta de manzana con una copa de whisky reserva del abuelo de la familia, exclusivo para los íntimos más íntimos, podía ser tan peligroso como un narcótico inhibidor de la personalidad apoyado por unas esposas de acero.

Prefería caras recelosas. Lo que se daba con facilidad no podía ser tan bueno como lo que no se quería dar. Básicamente, los seres humanos siempre son egoístas, con las lógicas excepciones en toda regla.

—¿Cómo está Doris? —preguntó, con un tono de voz que pretendía ser tranquilizante.

—Bien —respondió la madre con sequedad.

—¿Venía de paso? —interrogó el padre.

—Sí, vengo hasta aquí y luego me vuelvo a marchar con Doris, si es que quiere salir conmigo.

—Pues, Doris...

—Mamá, ¿quién es? —Doris apareció en la ventana y al reconocer al recién llegado, exclamó—: ¡Vim! «¡Ahora bajo!

—Cierra la ventana, la calefacción es cara —gruñó el padre.

Doris no tardó en bajar y Vim Hunter no pudo abandonar la casa hasta haber tomado un poco de tarta de manzana, preguntándose si dentro habría veneno, porque estaba seguro de que no caía bien a la madre de Doris.

—Son buenos los viejos —comentó la muchacha cuando ya se alejaban del área residencial a bordo del coche.

—Muy buenos, te quieren mucho.

—Sí, soy hija única y...

—Bueno, dejemos el asunto. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. Los golpes no fueron nada y de las erosiones en las muñecas quedan unas marquitas que desaparecerán seguro.

—Me alegro de que todo te vaya bien.

—¿Y el Banco?

—Mi trabajo sigue como antes, aunque noto cierto recelo y cuchicheos a mi alrededor.

—¿Te sientes a disgusto?

—Oh, no, lo lógico es que hablen mal de uno. Las circunstancias les han dado motivo para que hablen de mí y es normal que lo hagan. Luego se cansarán del tema y se adormecerán en la vulgaridad cotidiana hasta que puedan hablar de otro. Mientras en política sólo podamos hablar de republicanos y demócratas, nos aburriremos y tendremos que hablar de quienes nos rodean.

—Me caes bien.

—Magnífico, eres la excepción.

—Estoy segura de que caes bien a mucha gente.

—Sí, pero no me fío de todos los que me dicen que les caigo fenómeno.

—¿Y de mí?

—Sí.

—¿Y si te fallara?

—No me suicidaría.

—Cínico.

Se encogió de hombros.

—El día que nací me condenaron a vivir y si el juego no tiene obstáculos, carece de diversión.

—¿Y adónde me llevas?

—¿No te lo he dicho?

—Aún no.

—Vaya, pues te llevo a mi apartamento.

—Supongo que no me llevas para ver alguna película en vídeo.

—Te ofreceré algo más natural que espero nos divierta a ambos.

—¿Y si te dijera que no quiero? —preguntó ella mirándole con el rabillo del ojo mientras él seguía conduciendo.

—No pisaría el freno.

—¿No me harías caso?

—No.

—Sería como un rapto —protestó ella.

—No será tanto. La verdad, Doris, siempre he tenido la impresión de que a las mujeres os gusta que el hombre os fuerce un poco.

—¿Insinúas que deseamos ser violadas?

—No he dicho tanto, sólo he dicho que deseáis que el hombre fuerce un poco la situación, no sé si es para liberar vuestro posible sentido de culpabilidad o porque sois el sujeto receptor y el hombre, el insertor o atacante, que viene a ser lo mismo.

—Las mujeres liberadas no tienen ningún sentido de culpabilidad.

—Las mujeres liberadas, a los que suplican sus favores, los desprecian, sino al principio, al poco tiempo.

—Empiezo a tener la impresión de que eres un machista.

—Para las mujeres, el insulto de machista puede ser bueno o malo, todo depende de si el insultado es vuestro hombre deseado,

vuestro hombre recién casado o vuestro hombre con más de diez años de casado.

—¿Filosofía práctica? —ironizó.

—Prefiero que me tomes por un cínico que por un pedante.

El apartamento tenía un confortable calor, aunque Doris hubiera preferido una chimenea-hogar. Aceptó bien que él la ciñera por la cintura y la besara en los labios.

También aceptó con gusto que él deslizara sus manos por las formas de sus pechos que quedaban bien ostensibles pese al jersey que él le ayudó a quitarse.

—¿Por qué no pones un poco de música?

Tenía un cassette de larga duración, propia para aquellos momentos.

Debajo de la blusa, Doris no llevaba sujetador y él pudo besar con cuidado cada uno de los pezones.

—Tengo la impresión de que te quiero, Vim.

—Pues ahora tendrás ocasión de demostrármelo.

—¿Y luego qué?

—¿Luego?

—Sí, mañana, pasado mañana, el mes que viene, el próximo año.

—Entiendo. Quieres una casa de piedra y madera como la de tus padres, ¿no es eso?

—Las mujeres siempre deseamos una casa.

—Está bien, ya hablaremos mañana de eso, hasta miraremos catálogos si quieres, pero ahora...

El «ahora» quedó cortado bruscamente por el timbrazo insistente del teléfono. Doris se estremeció como si el timbrazo fuera un sorpresivo duchazo de agua fría.

—La madre que lo...

—Tienes que responder, Vim —le dijo ella con suavidad, sin rechazarle.

—Está bien. Debí haber descolgado antes.

Descolgó el teléfono que no parecía querer parar de sonar.

—¿Diga?

—Soy el inspector Rasell.

—Ah, muy bien, inspector, hace un momento estaba recordando a su madre.

—¿A mi madre? Si no la conoce...

Ya a bordo del coche, Vim Hunter no disimulaba su malhumor. Doris, a su lado, preguntó:

—¿Te duele algo?

—Sí.

—¿El qué?

—Mejor no decirlo.

El inspector federal Rasell les aguardaba en el hospital. Dos agentes custodiaban una habitación.

—Hemos encontrado al hombre herido.

—No me diga —replicó el propio Hunter.

—Sí, ha estado a punto de morir, aún está en situación crítica.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Dentro del coche que le robaron a usted, Hunter.

—Vaya, entonces podré dejar pronto el coche de alquiler.

—Se llama Bronson y le han sacado dos balas disparadas por una Magnum. ¿Le dice algo eso?

—Coincide con los balazos que recibió el otro, ¿no?

—Exacto y tenía unos billetes encima que, planchaditos, han resultado tener la crucecita que usted les hizo.

—Entonces, no cabe duda.

—Así es, pero no habla y tiene que hacerlo.

—Antes de que muera, claro.

—Sí, es preciso que nos dé el nombre del gran tiburón, y he pensado que viéndoles a ustedes, quizá...

—No sé, inspector, pero me temo que ese hombre es de los tipos que prefieren morir fastidiando.

—Eso me parece a mí, pero es posible que quiera fastidiar más a quien le ha pegado los dos tiros.

Como la teoría parecía buena, fueron introducidos en la habitación de Bronson. Por suerte, no estaba intubado.

A los médicos no parecía hacerles ninguna gracia el interrogatorio, pero el inspector federal se las arregló para que ellos pudieran hablar con Bronson. De este modo, jamás se le podría acusar al FBI de haber forzado un interrogatorio a un moribundo.

—Bronson...

El gángster abrió los ojos despacio. Los miró y debió reconocerlos porque acabó sonriendo.

—Hola, hijos de perra. ¿Os vais a casar para tener un *happy end*?

—Bronson, esto no es ninguna broma, te estás muriendo.

Rió levemente, su voz parecía más rota, pero él no se mostraba asustado.

—Como diría Humphrey Bogart, algún día tenía que morir, de dos balazos o de fumar tabaco americano.

Doris miró preocupad? a Hunter y éste habló:

—¿No quieres que el tipo que te ha disparado pague?

—Sí, claro que sí. Si tuviera mi pistola en la mano y él estuviera delante, lo llenaría de plomo —dijo entrecortadamente, cerrando la frase con un poco de tos.

—¿Quién es?

—No lo sé, palabra.

—¿Dónde se le puede encontrar?

—Tampoco lo sé, siempre llamaba él. Es un tipo muy listo, al final se lo ha llevado casi todo y nosotros fuimos los que dimos el golpe.

—¿El os propuso raptar a la chica?

—Si, nos dijo dónde la encontraríamos, nos dio una fotografía e indicó el lugar justo donde cazarla, todo fue bien.

—¿De modo que el que te pegó los balazos y se ha quedado con el dinero es el cerebro, el que lo ha planeado todo?

—Sí, un tipo listo. Dijo que... que había trabajado en el Banco y que todo iría... bien...

Torció la cabeza, había empeorado súbitamente. El aparato que registraba su ritmo cardíaco denunció que se había puesto peor.

Casi de inmediato aparecieron dos enfermeras y un médico que debían controlar el electrocardiógrafo desde otro lugar.

—Fuera, fuera de aquí, salgan —les ordenaron, tajantes.

CAPITULO XIV

Después de llamar al timbre aguardó a que le franquearan la puerta, una puerta reforzada con una verja tan artística como sólida. Al fin apareció una muchacha de cabello castaño oscuro, muy hermosa.

—Hola. Leslie.

Ella parpadeó. Casi parecía una muñeca, era muy joven.

—Usted es el cajero, ¿verdad?

—Eso es, soy el héroe de papel.

—¿Héroe de papel? Qué gracia. ¿Quiere hablar con mi padre? Ya sabemos que ha sido readmitido en el Banco.

—Eso no es cierto, preciosa.

—¿Ah, no? Pues papá dijo...

—Hubiera sido readmitido en el caso de despedirme antes, pero no llegaron a hacerlo, sólo estuve de vacaciones, jugándome diez mil dólares al juego del intruso.

—¿El juego del intruso? No lo conozco, pero pase, pase.

—Gracias.

Aguardó hasta que apareció Percival Sanders, vestido de smoking.

—Hola, Hunter, ¿ocurre algo? No puedo perder mucho tiempo, mi esposa y yo tenemos un compromiso. Ya sabe, primero una cena y luego la ópera.

—Yo me divierto más en la cama.

—Ejem, claro, eso depende de la compañía. ¿Qué quería decirme?

—Por favor, pasemos a la salita.

Percival Sanders frunció el ceño; Hunter casi parecía el dueño de la casa, tal era su forma de comportarse.

—Está mi esposa y...

—Mejor, así me conocerá. «Yo deseaba decirle a Leslie lo mucho que usted la quiere.

—Eso es evidente, Hunter, pero me gustaría saber si ha tomado ya más de dos copas esta noche.

—Oh, no, vengo completamente sobrio, ésa es mi norma. Para ser cajero de un Banco, es mejor ser abstemio, sería nefasto que los numeritos bailaran en nuestras retinas.

Empezó a caminar antes de que le invitaran a ello y se encontró con la esposa de Percival Sanders y Leslie que le miraba entre divertida e interrogante.

—Buenas noches.

—Buenas noches —saludó la señora Sanders, la cual interrogó a su marido con la mirada.

—Quería decirles lo mucho que míster Sanders quiere a su hija.

Percival Sanders insistió:

—Hunter, ¿de verdad se encuentra bien?

—Sí, muy bien. Fue una buena idea por su parte dar a los raptos la fotografía de la amiga de su hija y no la de Leslie; así, si llegaba a ocurrir algo desagradable, si el plan fallaba, su hija no saldría jamás perjudicada.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Percy, ¿este hombre está en su sano juicio? —inquirió la mujer vestida de largo y excesivamente maquillada.

—Sanders, usted planeó el golpe, usted buscó a los raptos. No sé cómo consiguió encontrarlos, pero eso no importa. Usted les dijo que quería medio millón y el resto se lo repartirían entre ellos. Había que prepararse una coartada y ¿qué mejor coartada que hacer raptar a su propia hija?

—¡Está usted loco! —rechazó Sanders.

Como si no hubiera oído nada, Vim Hunter prosiguió:

—Como temía que pudiera sucederle algo, escogió a la amiga de su hija. Le hizo una fotografía, posiblemente con un teleobjetivo y conociendo el recorrido de ambas, les contó a los raptos cuál era el punto idóneo para raptarla y así la hicieron. En el Banco se apresuró a entregar el millón con el pretexto de que su hija estaba en peligro y usted se hallaba en la situación óptima para hacerlo, ya que es el director adjunto y en aquel momento míster Thansee estaba en las Hawai, muy lejos para poder intervenir.

—Lo que dice Hunter es una tontería.

—No, no lo es. Hizo que los raptos fueran a mi apartamento para preparar el terreno y al mismo tiempo, siempre quedaría yo como sospechoso.

—Si eso fuera cierto, usted podía haber avisado a la policía.

—Era lo mismo, el rapto estaba igualmente preparado y el millón se hubiera tenido que pagar. Y si todo salía mal, con no decir nada y mantenerse callado, usted quedaba libre de sospechas. Las cosas le rodaron bien hasta que comenzaron los tiros. Bronson, que ya ha muerto en el hospital y de cuyo asesinato se le puede acusar a usted ante el gran jurado, quiso repartir de forma distinta de como habían acordado, pero usted no podía consentirlo porque había hecho un desfalco en el Banco de trescientos mil dólares.

—¿Yo un desfalco? Eso es una calumnia.

—Me imagino que los perdió en Las Vegas. Perdió más, es de suponer, pero sacó trescientos mil dólares del Banco que no pudo reponer. Y si el desfalco se descubría, usted iría a la cárcel y toda su vida de alto ejecutivo de la banca quedaría destruida.

—Creo que llamaré a los loqueros, Hunter.

—Puede hacerlo si le place. Con la ayuda de Glower comencé a

reparar todas las cuentas. El cerebro tenía que estar dentro del propio Banco, había varios sospechosos, pero cuando vi que una cifra negativa de trescientos mil dólares no encajaba, decidí que era usted.

—Eso no es cierto, todas las cifras están perfectas.

—Sí, claro, después de que usted reintegrara los trescientos mil dólares desfalcados, claro que se descuidó de un pequeño detalle; bueno, no se trata de un olvido en realidad porque usted no sabía que yo había marcado los billetes, billetes que yo he encontrado en el Banco. Para una labor como ésta me ha ido muy bien ser el cajero-jefe.

—Usted no puede demostrar que yo haya puesto en el Banco ese dinero; además, no me creo que haya marcado los billetes usados.

—Pues verá como los del FBI le dicen que sí. Tinta invisible comprada en una tienda de artículos para la broma. Ya ve, una broma pesada que le he gastado. Además, supongo que el resto de los dólares robados los guarda usted y ésa será la prueba definitiva.

—¡Percy, Percy, di que no es cierto! —suplicó la mujer.

—Claro que no, querida. Yo puedo mostrarle mi caja de caudales y verá que no contiene billetes marcados. Esta calumnia no se la voy a perdonar, Hunter, mañana mismo haré que le despidan.

—Vamos, vamos, Sanders, ¿qué piensa hacer, ir en busca de su Magnum para matarme como hizo con Bronson? ¿Me cree tan tonto? Llame al FBI y entréguese usted mismo, le doy esa oportunidad. Su confesión espontánea puede rebajarle la pena un grado, no es mucho, pero menos es nada. Desfalco, extorsión, rapto y asesinato, son demasiados cargos para no pensar que usted es capaz de coger una pistola o una escopeta y liarse a tiros con todo el que se le ponga por delante.

—Está bien. ¿Cuánto quiere?

—Vaya, ¿ahora soborno?

—Le doy medio millón de dólares.

—¿Se da cuenta de que lo están oyendo su hija y su esposa?

—Percy, Percy, dale más si hace falta, pero que se calle —suplicó la esposa, visiblemente alterada.

—Más no creo que pueda dar, está usted arruinado por culpa del juego. ¿Verdad, Sanders?

—Prometo pagarle otro medio millón, le haré un talón a un plazo fijo.

—¿Y cómo piensa pagarlo, desfalcando al Banco otra vez?

—No, tengo unos terrenos de mi mujer que vender. Mire, aquí

tengo el talonario.

Se acercó a la chimenea y, súbitamente, cogió el atizador del fuego. Se abalanzó sobre Vim Hunter que lo esquivó, pero Percival Sanders trató de golpearle de nuevo con evidente intención de matarle.

—Tú no hablarás, el FBI está al llegar.

Percival Sanders falló uno de sus golpes con el atizador y Vim Hunter aprovechó para golpearle el hígado primero y la cara después, derribándole. Entonces, le quitó el atizador.

—Si le dijera que lo siento, mentiría.

Llamaron entonces a la puerta de la residencia, las dos mujeres estaban pálidas.

Vim Hunter se encaró con la que le parecía más noble, la joven Leslie, y le pidió:

—Ve a abrir, es el FBI. Es que yo me he adelantado un poco, el inspector Rasell quería que llegásemos juntos.

La esposa de Sanders estalló en un ruidoso sollozo.

La muchacha, con las piernas vacilantes, fue hacia la puerta donde, efectivamente, esperaba el FBI.

* * *

—¿Adónde vamos? —preguntó Doris mientras rodaban a bordo del coche.

—A mi apartamento.

—¿Vas a violarme?

—Si me dejas...

Ella se acercó más a él, como un polluelo buscando el calor del ave madre.

—Eres un cínico y un canalla, pero me gustas mucho.

—¿Más ahora que soy el director adjunto del Fergus West Bank?

—Míster Thansee te odiará.

—Puede, pero la decisión es de su suegro. En fin, no soy de los que dan las gracias.

—Te has convertido en el héroe del Banco.

—Sí, un héroe de papel. Oye, ¿por qué no hablamos de otro asunto?

—¿De cuál?

—De esa casita de piedra y madera que te gusta.

—¡Oh, cariño, cuánto te amo!

Tuvo que pisar el freno para no chocar porque ella casi le tapó los ojos con su efusión amorosa.

- Espera, espera; iremos a ver los catálogos después.
—¿Después de qué?
—De pasar por mi apartamento, cortar el teléfono y el llamador de la puerta.
—Humm, aprobado, mi héroe de papel...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**